

REVISTA EUROPEA.

Núm. 157

25 DE FEBRERO DE 1877.

AÑO IV.

LA MORAL EN EL ARTE

SEÑORES: (1)

De los inolvidables, acabadísimos discursos que, á modo de monumentos perennes, señalan vuestro sucesivo ingreso en la Real Academia Española, y cuya primorosa hechura he vuelto yo á admirar estos días, buscando en ella lecciones y ejemplos para mi tarea de hoy, resulta que todos vosotros, con venir acompañados de títulos y merecimientos que á mí me faltan, y ser por todo extremo dignos de una investidura que tanto habíais de honrar, entrasteis llenos de confusion, timidez y reverencia en este Senado literario, templo de las leyes del buen decir, donde los Próceres del Arte custodian y acrecientan el rico tesoro del habla de Castilla. Fácilmente, pues, adivinareis los afectos, muy más vivos y apremiantes, cuanto son más naturales y debidos, que agitan y conturban mi corazón en este solemne acto, y algunos de los cuales, dicho sea en desagravio de la justicia, sirven de castigo á la avilantez con que, abusando de vuestra indulgencia, pretendí la no merecida honra de apellidarme vuestro compañero, cuando en realidad yo había de venir aquí (¿para qué negarlo?) á continuar siendo vuestro discípulo.

Mucho más diría en esto; pero acuden á mi memoria los pulidos términos y galanas frases con que todos vosotros, en tribulacion análoga, que no idéntica, á la mía, expresasteis iguales conceptos, y doleríame que, por desventajas de inteligencia y de estilo, apareciese hoy ménos elocuente y afectuosa la obligacion de mi agradecimiento que ayer la noble humildad de vuestra modestia. Séame lícito, en cambio (y así me pondré en camino de llegar pronto al tema de este discurso), definir con ingenuidad, y en el llano y corriente lenguaje propio de mi afición á la novela de costumbres, la índole y naturaleza de las encontradas emociones que siente el amante de las Bellas Letras cuando

(1) Discurso leído por el Sr. D. Pedro A. de Alarcon en el acto solemne de su recepcion pública en la Real Academia Española.

El discurso del Sr. Alarcon constituye un verdadero acontecimiento (como demostrarán sin duda alguna las críticas á que dé lugar), y en este concepto nuestros lectores nos agradecerán que lo demos á luz al mismo tiempo que se está leyendo en la Academia.

pasa del estado de escritor por fuero propio á la categoría oficial de Individuo de esta ilustre Corporacion, ó explicar á lo ménos las inquietudes que experimenta con tal motivo quien, como yo, durante una larga y alegre estudiantina literaria, sólo ha campado por su respeto.

Perdonadme, en gracia de la exactitud, el atrevimiento del símil que voy á emplear: pero la verdad es que, cuando considero el cúmulo de cuidados y atenciones que he echado sobre mí al atravesar esos umbrales (mis remordimientos por lo pasado, mis temores por lo futuro, el dolor por la libertad perdida, las reglas á que tendré que sujetar mi conducta, y los respetos que habré de guardar y hacer guardar en lo sucesivo), ocúrreseme que esto de entrar en la Academia se parece mucho al acto de casarse. Experimento, sí, señores, en este día la grave conmocion y saludable miedo del que deja las inmunidades de mozo por los deberes de casado, con ánimo y resolucion de cumplirlos. Solicítase como una merced lo mismo el cargo de marido que el de académico; agrádese como una dicha y una honra; ufánase uno de verse tenido en tanto por la señora de sus pensamientos; da las gracias, personalmente, á todos los individuos de su nueva familia; parécenle pocos todos los regalos (ó sea malos todos los discursos) que excogita para agasajar á la novia; no puede, en fin, estar más alegre y reconocido; pero llega el día del Sacramento, llega el día de jurar ante Dios el anhelado cargo, llega el día de hoy, en una palabra, y el académico electo, como el feliz contrayente, conoce que algo crítico, supremo y trascendental va á acontecer en su vida; que á sus ojos desaparece un horizonte y se abre otro, cual si estuviera atravesando la cumbre divisoria de dos comarcas, y que aquella solemne y decisiva hora, más bien es hora de abstraccion y melancolía, de austeridad y sacrificio, que de profanas, amorosas complacencias.—De entónces en adelante, bien puede decir *á Dios* el nuevo académico (dejemos por ahora al novio) á las libertades en materia de gusto, á las rebeldías contra los preceptos, á la independenciam de sus juicios, á la impunidad de sus errores... Pero ¿qué digo *á Dios*? ¡Lo perseguirá el recuerdo de sus piraterías literarias, y entrará en deseos de quemar cuantos escritos llevan su nombre, versos y prosa, comedias y novelas, y sobre todo los folletines de supuesta crítica, al modo que el recién

casado arroja al fuego cartas, flores, efigies, perfumadas trenzas y demas testimonios *non-sanctos* de sus campañas de soltero!

Con lo que acabo de decir quedan liquidados y saldados algunos créditos de mi conciencia, generosamente olvidados por vosotros, restándome ahora añadir que me punza tanto más en la ocasion presente el recuerdo de mis pecados literarios, cuanto que vengo ahora á ocupar la vacante de un modelo de virtudes académicas (las tuvo de todo órden), escritor pulcro y moral desde los primeros años de su vida, pensador siempre arreglado, poeta envidiable, humanista perfecto; utilísima abeja, digámoslo así, en las arduas tareas de esta casa, donde se afanó constantemente por el bien y aumento de las Letras españolas.—Tal fué D. Fermin de la Puente Apecechea.

De tan valiosas cualidades, que perpetuarán el renombre de aquel varon insigne, sólo una traigo yo probada, y esa no con la nota de *sobresaliente*. La alegaré, sin embargo, como título á vuestra benevolencia, porque acredita cuando ménos, de parte mia, un buen deseo de cumplir la más importante y sagrada obligacion aneja á los oficios de poeta y escritor público que me arrogué y desempeño hace ya veinticinco años.—Y con esto he llegado al tema del presente discurso.

Refiérome, señores, á la intencion moralizadora que siempre ha guiado los cortos vuelos de mi pluma, y que de igual manera deben, á mi juicio, llevar por delante, próxima ó remotamente, en todas sus creaciones, cuantos desde el teatro, desde el libro, desde el lienzo, ó por medio de la triunfal estatua, aleccionan y dirigen, hasta cuando no lo pretenden, á la sociedad de que forman parte. En lo que á mí toca (y será ya lo último que os diga con relacion á mi insignificante personalidad literaria), vuelvo á declarar que, constantemente, en todo linaje de escritos, sin excepcion ninguna, me he propuesto lo que he considerado (no sé si con error ó sin él) útil á mi patria y á mis conciudadanos, cuando trataba de cosas políticas, útil á la familia y á la sociedad, si ensayaba la novela, consolador del espíritu humano, cuando pulsaba mi pobre arpa; es decir, que siempre he tenido por norte el Bien, tal y como yo lo he discernido en cada circunstancia, y que, al azotar el vicio ó al ensalzar la virtud, al cantar el amor ó celebrar la hermosura, más que á lucir ingenio con primores retóricos, he propendido á que la *belleza* de la forma sirviese de esmalte y gala á la *bondad* ó á la *verdad* de mis doctrinas.

No ostentara yo como un timbre tan pobre ejecutoria, donde no hay quien no la posea en union de otros blasones de más precio, ni viniera hoy á defender en este acto público, como tésis litigiosa

y materia opinable, lo que durante miles de años ha sido máxima inconcusa, si no hubiésemos llegado á tiempos en que es tal la fiebre de las pasiones y tan horrible la consiguiente perturbacion de las ideas, que ya corre válida por el mundo, en son de axioma estético y principio didáctico, la peregrina especie, nacida en la delirante Alemania, adulterada por el materialismo frances y acogida con fruicion por el insepulto paganismo italiano, de que el *Arte*, incluyendo en esta denominacion la Bellas Letras, es independiente de la *Moral*; de que, proscrito el *Bien* de los dominios de Apolo, la *Belleza* debe servir de único término ideal ó exclusivo objeto de atribucion á los poetas y á los artistas, y de que *Bien* y *Belleza* son, por lo tanto, conceptos separables. ¡Es decir; que, segun los flamantes críticos, cabe que al espíritu humano le parezca bello lo ocioso, bello lo nulo, bello lo indiferente, y hasta bello lo malo, lo injusto, lo inicuo, lo aborrecible!... Ni ¿qué sabemos? ¡Acaso, para explicar ese dualismo de juicios y esa contradiccion de fallos en un solo tribunal, supongan que el alma del hombre está, como si dijéramos, dividida en negociados, ajenos é independientes entre sí, de modo y forma que con un pedazo del espíritu se pueda amar lo que se desprecia ó se abomina con el otro; desconociendo así los ilusos que nuestra alma, inmaterial é invisible, es como misterioso sagrario, donde, al calor de las ideas innatas y á la divina luz de la conciencia, se asocian, funden y armonizan (no sin continuas victorias de la imaginacion sobre los sentidos) los varios afectos y confusas nociones que nos ofrece el mundo exterior; con lo que, tras felices desengaños del mortal orgullo, despiértase en nuestro sér aquel ansia infinita de *verdad*, *bondad* y *belleza* eternas y absolutas que ha producido todas las grandes obras humanas, y que es, á un tiempo mismo, vivaz estímulo de la mente, insaciable sed de justicia en el corazon, y perpétua melancolía del descontentadizo sentimiento, predestinado á goces inmortales!

No se me oculta que ese cisma literario, cuyo grito de guerra es «*el Arte por el Arte*» (frase puramente retórica y de origen polémico sin valor alguno científico, y cuya verdadera fórmula sería «*el Arte por la Belleza*»), surgió en son de protesta y refutacion contra los que, exagerando las legítimas aspiraciones de un excelente deseo, sostenían que el Arte no debía ser más que una expresion religiosa, tan inmediata y directa como el culto, ó contra los que sólo veían en él un medio mecánico de enseñanza, á la manera de los juguetes que sirven para que los niños aprendan Historia; doctrinas ambas inadmisibles en absoluto, por cuanto anulaban nobles y maravillosos registros del complicado entendimiento humano, ora condenando el Arte á

degenerar en un simbolismo caprichoso, especie de escritura jeroglífica, y á formar parte del ritual de cada creencia, ora reduciéndolo á la condición de instrumento útil, cuyo mérito habría por ende de graduarse, no en el orden estético, sino con arreglo á su eficacia y resultados..... Pero la verdad es que, por mucho error que hubiese en confundir los tres grandes términos de la actividad humana, subordinando incondicionalmente á las leyes de la *Bondad* ó de la *Verdad* el concepto de la *Belleza*, mayor lo hay, y más trascendental y peligroso, en estos que proclaman el divorcio é incomunicación de las facultades de nuestro espíritu, la negación de la unidad absoluta de nuestro sér, la división de nuestra conciencia, la ambigüedad de nuestro albedrío, el fraccionamiento de nuestra mente;—especie de cantonalismo cerebral, en que el Arte, la Moral y la Ciencia descuartizan y se distribuyen el sagrado imperio del alma.

Contra semejantes absurdos álzanse juntamente la Filosofía y los hechos; y estas serán las dos partes en que yo divida mis alegaciones; bien que compendiándolas todo lo posible, á fin de no cansaros demasiado.

La Filosofía nos enseña que, si en el orden metafísico figuran como *distintas* las tres ideas capitales Bondad, Verdad y Belleza, es porque así se presentan á nuestra limitada razón, la cual no puede reducirlas á un solo concepto. No puede, no; lo reconozco de buen grado. A ser posible esa reducción, el mundo psicológico se regiría por otras leyes y la justicia se fundaría en otras bases muy diferentes de las de hoy. Baste decir, en lo respectivo á mi propósito (y como leve indicio de mayores absurdos), que, por resultas de la aleación de la Bondad con la Belleza, los preceptos estéticos tendrían sanción penal y la fealdad se castigaria como delito; cosa que tan abiertamente pugna con los dictados de nuestra conciencia, y que, dicho sea de paso, rechazaron hasta los mismos griegos del siglo de Pericles; los cuales, en medio de su fanática adoración á la forma, se limitaron á penar la caricatura voluntaria.—Pero la distinción no arguye contradicción, y, si bien consideramos como *distintas* esas tres ideas supremas, las contemplamos en una armónica unidad absoluta, donde no cabe antagonismo: afirmarse, por lo tanto, mutuamente, lejos de contradecirse, y refléjanse unas en otras como nobles hermanas de sorprendente parecido; lo cual explica que en todo espíritu sano cause igual complacencia la justicia que la hermosura; la gratitud ó el heroísmo que el descubrimiento de las verdades trabajosamente inquiridas; la santa caridad que los sublimes espectáculos de la Naturaleza, resolviéndose siempre todos estos afectos en una sola emo-

ción de misteriosa dulzura; en aquel llanto del alma que es la mejor ofrenda del entusiasmo.

Segun tales principios, cuando creemos notar una contradicción entre lo bueno y lo bello, debe de ser á lo sumo mera apariencia engañadora, forjada por un oculto sofisma; que también los hay en el campo de la Estética, y no menos perniciosos que los de la Lógica. Sofisma estético es, por ejemplo, confundir dos ó más de los órdenes en que la Belleza se particulariza, é inferir correlativamente de semejante confusión una contradicción entre la Belleza y la Bondad.—Citaré un caso muy notorio de este paralogismo. Victor Hugo quiso unir la belleza moral á la deformidad física en la figura de Quasimodo. Nada censurable habia en ello; porque, siendo de distinto orden las bellezas física y moral, debe separarlas...—y separadas ¡ay! aparecen en la realidad con harta frecuencia, bien que no por fortuna mia en las bellas cuanto bondadosas damas que me escuchan... Pero el sofisma nace cuando, en nombre de la belleza moral, Quasimodo solicita, no un afecto moral también, que era el correspondiente á su mérito; no admiración, no gratitud, no amistad del espíritu, sino el amor de Esmeralda, el feudo de su hermosura, aquel cariño (digámoslo de una vez), libre y tiránico como el gusto, en que, por disposición divina, tanto puede una bella cara y á cuyos mortales ojos son inseparables alma y cuerpo.—Victor Hugo se guarda muy bien de advertirnos, al llegar á este punto de su obra, que la belleza moral de Quasimodo, ó sea su virtud, se habia trocado en una monstruosidad mayor que la de su físico desde el momento que el jorobado dió alas á aquella pasión leonina; pero tengo la seguridad de que el gran poeta repararía inmediatamente en su propio contrasentido, y de que, si pasó adelante, fué por desprecio á la penetración de sus lectores.

Otro sofisma estético, mucho más grave sin duda alguna, es sobreponer á una monstruosidad moral una belleza verdadera de diferente origen, y hacerlo con tal artificio que no sea fácil descubrir la incongruencia.—Vaya un ejemplo: Supongamos que el Partenon se destinara á guarida de facinerosos (lo cual ocurría efectivamente hace pocos años), é imaginemos que algún crítico exclamase (cosa también verosímil): «¡Qué ladronera tan bella!» ¿Habría exactitud en este juicio? No. El Partenon no sería la ladronera: lo serían las piedras de que se compone, ó más bien el espacio entre las piedras comprendido. El Partenon seguiría siendo una obra realmente bella, fruto de una inspiración sin igual, estimulada por los más nobles sentimientos humanos (la religión y el patriotismo), mientras que la tal *ladronera*, es decir, los ladrones allí alojados, seguirían siendo feos, aborrecibles, infames, á pesar de vivir bajo las puras columnatas de un templo tan

grandioso.—Ahora bien: todas las obras artísticas inmóviles, todas las maravillas literarias de argumento vil y frase obscena, son otros tantos templos convertidos en albergue de malhechores. Así anda la ruin lascivia entre los cincelados versos del *Ars amandi*, ó así habitan la impiedad y el cinismo en los severos moldes de los exámetros de Lucrecio.

Pero admitamos por un instante que la Belleza no tiene el valor metafísico que nosotros le hemos otorgado...—¿Qué pudiera ser entonces? ¿Sería, como pretenden algunos, el término exterior incógnito á que adapta su actividad lo que ha solido llamarse *sentido estético*, ó *sexto sentido*?

¡Ni tan siquiera se concibe tal conjetura! Para ello se requeriría que ese misterioso paladar del alma mostrase su acción universalmente uniforme, reconociendo y saboreando la Belleza donde y como quiera que se le presentase; y sabido es que en nuestro globo no sucede nada de esto! Antes ocurre todo lo contrario, como lo demuestra, no ya la variedad, sino la incompatibilidad de fenómenos que ofrece la raza humana en materia de gustos, cual si el Supremo Hacedor hubiese querido evitar, entre otras complicaciones, el que todos los hombres se enamorasen de una misma mujer, ó el que las pobres feas lo fuesen por unanimidad de votos.—¿Quién, pues, ni en virtud de qué término superior, podría dar la pauta de la Belleza, redactar su código, imponer sus preceptos?—Nadie absolutamente. ¡Cada *sexto sentido* defendería su derecho individual (que decimos ahora), y habría que admitir tantas Bellezas como gustos, declarando que todas eran igualmente legítimas y respetables!... Pero ¿qué digo? ¡Ni aun el gusto propio sería regla constante para cada persona, pues las delectaciones y las preferencias varían con la educación, con la edad, con la costumbre y hasta con el cambio de condición y de circunstancias exteriores! ¿No hemos mudado todos de aficiones artísticas y literarias en el transcurso de nuestra vida? ¿No hemos cambiado de autores favoritos? ¿Quién no se ha convertido de romántico en clásico, ó de clásico en ecléctico? ¿Quién no prefirió en su loca juventud las novelas de Balzac á la de Manzoni, ó los estrépitos de Verdi á los suspiros de Stradella? ¿Quién no ha acabado por inmolar todas las beldades de Ticiano delante del *Jacob* del Spagnoletto? ¿Quién no ha variado de opinión, desinteresadamente, acerca de si los ojos negros son más ó menos hermosos que los azules, sobre si la hija de Eva debe ser menuda como la *Vénus de Médicis*, ó recia como la *Venus de Milo*, y hasta respecto de la edad y sazón en que la mujer reúne mayores encantos?

Hay más en contra de la teoría del *sentido estético*; y es que, no tan sólo no existen bellezas naturales ni artísticas que imperen simultáneamente en

todos los ánimos, ó toda la vida en un mismo ánimo (salvo honrosas excepciones), sino que, admitido ese criterio experimental, habría que dividir el mundo de la estética en zonas de varios colores, como los mapas políticos y geológicos, estableciendo un ideal de belleza para los chinos, otro para los etíopes, otro para los blancos y así sucesivamente. Por otra parte: la proclamación de ese oculto sentido como independiente juez de la Belleza, reduciría el Arte á una lisonja del gusto, ó sea á la habilidad de complacer al que comprase cada obra, y la mejor creación, en definitiva, sería aquella que hubiese agradado al mayor número; de donde el Arte y la Moda se conceptuarían como sinónimos, el ingenio se mediría por circunstancias externas, y el *buen-gusto* bajaría á la condición de *humor*; que tanto vale la preferencia accidental y variable, libre de reglas y de respetos. Habría, pues, dictaduras oligárquicas de maestros, críticos y coleccionistas, y los consiguientes motines del *vulgo necio* (que decía Lope), y tremendas victorias de esta inmortal especie, más numerosa en todo tiempo que la de los doctos; con lo que, suprimidas las Academias, y en virtud de un plebiscito de *sentidos estéticos*, serían laureados en justicia los Churriguerras, Comellas y Rengifos; viéramos salir expulsados del Museo de Pinturas los cuadros que no fuesen bellos... según el sufragio universal, y las personas bien nacidas tendrían que emigrar á un desierto, llevándose sus penates artísticos y literarios, para seguir rindiéndoles vasallaje y culto!

Basta de semejantes delirios. Queda probado que la Belleza, desligada de la Metafísica, se desvanece como un sueño, y que el Arte baja en seguida al nivel de un oficio sin trascendencia, cuyo único mérito podría ser la imitación servil de la realidad, no como medio, sino como objeto definitivo; de la propia manera que vimos ántes, que esa misma Belleza, desligada de la Bondad, es un contrasentido que rechaza la lógica y repugna la conciencia, por cuanto implica la divisibilidad del alma humana.—Ahora, en confirmación de todo lo apuntado, y según también he prometido, voy á aducir razones extrínsecas ó de hecho, por las cuales demostraré que nunca, en ninguna edad ni en ningún pueblo, bajo los auspicios de ninguna Religión ni en las tinieblas del más feroz ateísmo, han caminado separadas la Bondad y la Belleza, ó sea la Moral y el Arte, sino que, por el contrario, entre las condiciones históricas que han hecho florecer las Artes y las Letras en determinados períodos, ha sido la principal el predominio de alguno de los más nobles y elevados sentimientos morales, como la Religión, el patriotismo, el amor del prójimo, la sed de justicia ó la ambición de gloria. Y demostrado quedará también al paso, que, cuando estos

sublimes afectos se entibian ó apagan en la sociedad al soplo del escepticismo ó de la indiferencia, el Arte padece una especie de eclipse, por tal extremo que si, aún entónce, llega á producir algunas obras, son más artificiales que artísticas; frutos académicos, hijos del estudio; recuerdos de inspiraciones ajenas, que no pertenecen en realidad al tiempo en que se fabrican, sino á las edades fecundas que les proporcionaron los modelos.

Pero al llegar á este punto, y habiendo hablado tanto de la *Belleza*, justo es que digamos algo de la *Moral*, ántes de que se me pregunte (pues hoy se preguntan ya tales cosas) qué entiendo yo por *Moral*, ó á qué *Moral* me refiero al presentarla como inseparable amiga del *Arte*.

Empiezo por declarar (á cuenta de concesiones que habré de hacer muy luégo) que, para mí, la *Moral* verdadera es la de Jesucristo, la redentora del alma, la de la humildad, la de la paciencia, la de la caridad, la del perdon de las injurias, la que dijo: *alteri ne feceris quod tibi fieri non vis*; pues yo creo y confieso que esa moral es la escrita por Dios en el corazon humano, la misma palabra de Dios hecha hombre, la que nos levanta y sublima sobre el resto de los séres creados, la que vence y anula nuestra parte material, la que despierta y ejercita todas las fuerzas de nuestro espíritu impercedero.—Sin embargo; como en esta controversia no se trata de la *Moral* en su sentido estricto, ó sea de ninguna regla de costumbres que guarde relacion con determinados dogmas religiosos, considero fuera del caso ponerme á romper lanzas por mi Fe y á preconizar sus timbres y excelencias. No teman, pues, los enemigos de Jesus, ó los meros campeones *del Arte por el Arte*, que yo vaya á confundir la bondad metafísica con la ortodoxia y á fulminar excomuniones estéticas sobre la gentilidad y la heregia, pidiendo que sean arrojados del Parnaso Homero y Virgilio, porque no fueron cristianos, ó Shakspeare y Goëthe, porque no fueron católicos... Ventilase aquí materia más abstracta y filosófica: trátase de la *Moral* en su sentido lato: inquiere desde un punto de vista anterior, ya que no superior, á las leyes positivas, á los códigos casuísticos y á las Verdades reveladas, si en la India, si en Egipto, si en Grecia, si en la Roma gentil, si en los pueblos agarenos, si, finalmente, en las naciones heréticas y cismáticas, lo mismo que en las católicas puras, los grandes poetas y artistas se propusieron ó nó siempre en sus inmortales obras, al par que traducir á formas determinadas su concepto de la *Belleza*, algun otro fin ulterior, alguna idea que les pareciese útil y saludable, alguna predicacion, alguna enseñanza, algun consuelo, alguna apoteosis. Es decir; que, en este exámen, para conceder á un

autor el dictado de *moral*, deberá bastarnos que haya tenido intencion y propósito de serlo; de la propia suerte que llamamos *religioso* al que sinceramente profesa una religion falsa, sin pararnos á considerar los errores que patrocina y difunde por desconocimiento de la Fe verdadera.

Sentadas estas premisas, ¿quién será osado á negar que todas las grandes obras literarias y artísticas del humano ingenio han sido y son *morales* en su esencia, encomiásticas de lo bueno y de lo justo, docentes de presuntas verdades, auxiliares en fin de las Religiones, de las Ciencias y de la Filosofía?—Creo que nadie en este recinto; pero bueno será que echemos una rápida ojeada sobre el campo de las Bellas Artes y de las Buenas Letras, donde hallaremos, no digo probadas, sino vivas y fehacientes, mis incontrovertibles afirmaciones.

Prescindir pudiera del *Orientalismo* en sus varios aspectos (indio, egipcio, asirio, hebreo y mahometano), y muy poco diré de él, pues hasta la misma escuela que combato reconocerá sin duda alguna el alto sentido moral, y aún más que moral, religioso, de las obras artísticas y literarias de esos pueblos, de esas razas, de esas civilizaciones. En sus templos y en sus poemas, en sus cuentos como en sus palacios, predomina siempre la idea teocrática: el hombre se anonada ante Dios, sea contemplándolo, sea sometiéndosele: la Religion lo absorbe todo. De aquí la propension de sus artistas y poetas al misterio y al símbolo, los arranques líricos de los semitas iconoclastas, judíos y árabes, las imágenes gigantescas de los Indios, las metáforas esculturales de los Egipcios y las fórmulas abstrusas de los Caldeos. Cada ingente montaña esculpida en forma de sagrado elefante, cada pirámide ó cada esfinge plantada en los confines de los Desiertos, cada mezquita ó cada alcázar mahometano revestido de versículos religiosos ó de afiligranadas combinaciones geométricas de mística alegoría, con exclusion de la forma humana y de toda otra imagen de criatura ó cosa precedera, es un libro santo que habla de la Eternidad y de Dios: es la cristalización de la infinita poesía que respiran los piadosos versos de los Vedas, del Antiguo Testamento y del Coran!... Pero ¿á qué dirigir tan léjos la vista? Nuestro Palacio de la Alhambra, mansion destinada al solaz y lucimiento de una dinastía de Príncipes, podría pasar por un templo erigido en honra y gloria de Alá. «*Alá es grandel*» dicen mil y mil veces los bordados muros: «*Alá es grandel*» parece que susurra el agua al caer sonora de pila en pila, besando al paso la misma leyenda: «*Alá es grandel*» repiten los solitarios ecos de aquellas estancias, nunca perdidas definitivamente para los ensueños de los Moros.

Consecuencia necesaria de esta indole invariable

de las Artes asiáticas y egipcias, es la falta de equilibrio que resulta entre la idea y la forma de sus conceptos; desproporción lógica también, por cuanto nace de la gran distancia y diferencia que la religiosidad de los Orientales establece entre la naturaleza humana y la divina; entre el hombre y su Creador.

No sucede así en Grecia.—En Grecia, la idea divina se humaniza, ó por mejor decir, se humana: los dioses y los hombres sólo difieren en grado: ya no los separa ningún abismo metafísico: el hombre confina con el héroe; el héroe es un semidios; el semidios nació de un dios. Los dioses son unos antepasados remotos de los Griegos. El infinito insondable de la Divinidad oriental ha quedado oculto tras las pavorosas tinieblas del Hado, que cobijan por igual á dioses y hombres, y en las cuales únicamente se atreverá á penetrar alguna vez, bien que lleno de sublime horror, el más augusto vate de la antigüedad pagana, el padre de los Trágicos, el inmortal Esquilo.

Homero representa la aurora de esta civilización, que ya ilumina las cumbres, pero que no desciende todavía á los valles. Transportado en alas de su genio á la edad que media entre los hombres y los dioses, canta los Héroes, mezclando la tradición con la fábula y la Religión con la Historia. Sin embargo, la idea de Patria está ya en germen en *La Iliada* y en *La Odisea*, aunque reducida á la raza con sus númenes familiares; y, para complacer y aleccionar tan noble sentimiento, el cantor de Tiro y Troyanos presenta ilustres modelos de grandeza, de energía y de abnegación, pertenecientes á un mundo aristocrático-divino, del cual se excluye él con respetuosa humildad, dejando hablar á la Musa. Nada, pues, más revelador, más docente, más edificante en aquellos días, que estas descomunales epopeyas, donde el valor guerrero, la fuerza y la hermosura son como atributos ingénitos del bien moral, y donde la misericordia, con la faz bañada en lágrimas, es uno de los aspectos del heroísmo.

Algunos siglos después aparece Tirteo, y luego Píndaro, decoro ambos de la humana especie (sobre todo Tirteo, que tan amable y apetecible supo hacer la muerte por la patria), y, con sus odas é himnos nacionales, aplican los sentimientos homéricos á la política y á la guerra. Ellos, y los trágicos Sófocles y Eurípides (ménos grandiosos é inspirados, pero más filosóficos y terrestres que el viejo Esquilo), trajeron, reflexivamente ya y á sabiendas, las ideas *morales* al campo de la poesía, como elementos inseparables de la Belleza, y cantaron ó representaron en sus obras la Religión, la Patria, la Familia. Es decir, que aquellos grandes maestros de la Forma, los patriarcas del clasicismo, léjos de

rendir al Arte la idolátrica adoración que suponen los modernos paganos, lo consideraban como una especie de culto rendido á ideas y conceptos de órden moral. Si alguien lo duda, recuerde las tragedias de los tres colosos mencionados, ó las comedias del acerbo Aristófanes, terror del corrompido *Démos* ateniense, y verá en todas ellas exaltada la virtud, bafado el vicio, odioso el pecado, solvente al pecador (ya en los días de su vida, ya en su descendencia), y, dominando sobre todos los esplendores mundanales, el poder eterno del Destino.

Pero ya me parece estar oyendo el argumento-aquiles de los partidarios de *el Arte por el Arte*.—«¿Y las Vénus griegas? (exclamarán enfáticamente): ¿no son bellas también? ¿no son artísticas? ¿no lo proclama así todo el orbe? ¿no están expuestas hoy mismo á la admiración pública en los Museos más insignes de la Cristiandad, principiando por el del Vaticano? Y ¿qué mérito *moral* podrá atribuirse á tales portentos de *belleza*? ¿qué sentido filosófico? ¿qué tendencia civilizadora? ¿qué fin plausible, ó tan siquiera honesto y decente?»—«¡Ninguno!» concluirán los fanáticos de la forma, tratando de hacernos creer que las Vénus labradas por el cincel griego son la apoteosis de la perfección puramente física, la Belleza divorciada de la Bondad, el pudor en triunfo, la desnudez divinizando el pecado, una reproducción constante de la célebre defensa de Frine, la derrota, en fin, de la Moral ante el poder de la Hermosura!...

Séame lícito replicar con algún detenimiento á esta objeción, tan formidable en apariencia.

Ya lo dije hace poco: para los Griegos la perfección humana llegaba siempre á confundirse con la realidad divina: lo terreno y lo olímpico (ó sea lo temporal y lo eterno, que diríamos hoy) sumábanse en su imaginación como cantidades homogéneas, y de aquí el carácter esencial de sus armónicas Artes, basadas en un perpétuo equilibrio entre la inteligencia y la fuerza, entre el espíritu y la materia, entre la idea y la forma. La Belleza era allí, por lo tanto, distintivo de Santidad; y Vénus, arquetipo de la hermosura femenina, y, como tal, madre del Amor, figuraba en aquella religión politeísta entre las Deidades Mayores, no ciertamente en cuanto beldad individual, presentada á la concupiscencia de los sentidos, sino en cuanto beldad simbólica y místico dechado de providenciales gracias; como númen propicio á la eterna Ley que es fuente de la vida; como la Flora, como la Pomona, como la Amaltea del linaje humano.

Así lo ha comprendido la austera civilización emanada del Evangelio, y por eso ha considerado castas, espirituales y hasta religiosas, dado el criterio de la Gentilidad, esas desnudeces de ideales abstractos que luego reprodujo el pincel cristiano

para representar á nuestra madre Eva. Pero no lo dudeis: tan pronto como tales figuras trocaren su impersonalidad divina por una personalidad terrena; tan pronto como de conceptos genéricos bajasen á ser meros retratos de su respectivo original, sin ninguna especie de significacion sagrada, la inverecundia del modelo se reflejaría en la obra de arte, la inmoralidad de la mujer trascendería á la estatua, sublevárase la conciencia pública contra semejante escándalo, y, por acabada que fuese la efigie y célebre su autor, habría que esconderla en uno de esos calabozos de infamia que se llaman *museos secretos*, como se aprisiona á mujeres hermosísimas ó á hombres de reconocida ciencia cuando se ponen en abierta oposicion con los fundamentos sociales.

Ni ¿qué mayor demostracion de mi aserto que está otro hecho elocuentísimo? Cuanto más completa es la desnudez griega, más noble y pura se ofrece á nuestra veneracion. Cualquier accesorio atenuante, relacionado con necesidades ó escrúpulos terrestres, rebaja la dignidad y ofende el decoro de la belleza olímpica. *La Vénus de Médicis* está reputada como la más púdica, inmaterial y candorosa creacion del Arte helénico, por lo mismo que su desnudez es absoluta: ¡nadie ve en ella á la mujer: todo el mundo ve á la diosa!—No justifican, pues, las estatuas gentílicas en los Museos cristianos la inicua absolucion de Frine: no representan el triunfo de la Hermosura sobre la Moral; no arguyen nada en favor de *el Arte por el Arte*. Al contrario: prueban que el idealismo puede llegar en el hombre hasta el punto de convertir en devocion mística el amor terreno; simbolizan la union hipostática de la Bondad y la Belleza; y, en fin, señores, traen á la memoria, ya que de Frine hablamos, que, si un Tribunal indigno prevaricó cínicamente y la absolvió al verla desnuda, el Senado, en compensacion, no admitió el insolente ofrecimiento de la misma cortesana de reedificar á su costa la ciudad de Tébas.

Nada más diré acerca de los Griegos, considerados dentro de su patria... Cuando la fe se entibió en aquella sociedad, el Arte perdió su sávia divina y dejó de ser ministerio santo, para convertirse en parodia de sí propio y simulacro de la ausente inspiracion del alma...—Huyamos tambien nosotros de este pueblo moribundo, y trasladémonos á Roma.

Los Romanos tenían dioses de igual naturaleza que los Griegos; pero dioses sin historia y más separados ya del hombre. En cambio, habían colocado casi á la misma altura que la santidad de aquellos númenes la santidad de la Patria, la santidad de la Familia, la santidad del Hogar, la veneracion de los Antepasados, la Religion de la Justicia y del Derecho, y, como consecuencia, la igualdad entre pares, la dignidad respectiva en cada orden y el respeto jerárquico entre todos. Este conjunto de devociones

religiosas, morales y políticas, que da á conocer en los Romanos un carácter más práctico y ménos contemplativo que el griego, requería una *finalidad* más declarada en el Arte; como, en efecto, la muestran los monumentos útiles ó remuneratorios, las ceremonias y oraciones fúnebres y aún la literatura histórica y didáctica, que casi puede decirse precede en Roma á la poesia.—Por otro lado: si la ciencia pura extinguió muy luégo en el Lacio la fe religiosa, como ya la había extinguido en Grecia, no pudo secar las fuentes de donde esa fe dimanaba y de donde proceden al mismo tiempo los dictados de la Moral; prueba clarísima de que el hombre es algo más que el instrumento dialéctico de que la Ciencia se vale. Aconteció, por consiguiente, que, mientras la plebe romana llenaba el vacío de la fe con las supersticiones más extravagantes, la Filosofía, incurriendo á su modo en idéntica contradiccion, buscó en las disputas de los decaídos griegos doctrinas y fórmulas convencionales con que llenar el vacío de la Ciencia.

Dos eran entónces las escuelas morales predominantes allende el Adriático: la estóica y la epicúrea.

Predicaban los Estóicos una virtud austera y desdénosa, sin origen ni esperanza; un amor incondicional al bien, sin dilucidar su naturaleza; una moral, en suma, inflexible y huérfana como el Acaso; grande en su desolacion por su desinterés, pero sin entrañas ni consuelo para los débiles.—El español Séneca fué en Roma la más egregia personificacion de esta filosofía, no sólo en las esferas del saber, sino en el cultivadísimo campo de las Letras, y su noble entendimiento llegó á deducir de aquellos ásperos principios máximas tan saludables y puras, que hasta los Padres de la Iglesia cristiana las invocan y recomiendan en sus santos libros, no faltando quien asegure que el mismo San Pablo solía decir en alabanza del sabio cordobés: *¡Senecam nostrum!*

Los Epicúreos consideraban la vida como una carga, y querían hacerla más llevadera aceptando lo que tiene de grato y suavizando con la sobriedad el contraste entre penas y placeres. Doctrina tan flexible degeneró en un sensualismo refinado y muchas veces grosero, cuyos cantores más célebres, y tambien más dignos de lástima, fueron Lucrecio y Ovidio.—El suicidio de Lucrecio reveló al cabo la consecuencia lógica de tales premisas, así como la sinceridad de sus opiniones. ¡No se calificará, pues, su famoso y malhadado poema (*De rerum natura*) de mero alarde retórico ó de lucubracion indiferente á la Ética! A mayor abundamiento: en el fondo de esta obra impía, se oye siempre un grito impremeditado de la conciencia que vuelve por la Moral, y hasta cuando, partiendo del error, el misero vate la ofende y contradice, muéstrase animado de un afán

de enseñanza y de reforma que nada tiene que ver con *el Arte por el Arte*.

En cuanto á Ovidio, los hechos hablan todavía con mayor elocuencia.—Ovidio rebajó el epicurismo hasta el fango de las brutalidades cínicas, salva la elegancia exterior de su persona y de sus cantos, y con todo ello (¡triste es decirlo!) fué el poeta más popular de la pervertida Roma. Irreverente, corruptor y sentimental, trató como materia de entretenimiento la leyenda religiosa y prostituyó vilmente la poesía. Pero ya lo indicamos en sazón oportuna: semejantes obras pertenecen al orden de los pecados: la delectación que producen á los viciosos es ilícita: como ilícita, tienen que saborearla clandestinamente, y nadie se atreverá á pretender que lo que no puede ser público, sea considerado como artístico! Lo contrario equivaldría á pedir, no ya un Arte indiferente al Bien, no ya un Arte sin virtud, sino un Arte criminal por derecho propio... ¡Oh, no! El Arte, para merecer tan noble dictado, necesita el aplauso colectivo, la sanción de la humanidad, la gloria pública, la luz del cielo!—Dicho sea en honor de la antigua Roma, las obras obscenas de Ovidio fueron juzgadas, no solamente como pecados, sino como delitos, y la ley social, la vindicta pública, la ira del César, desterró para siempre del mundo civilizado al licencioso cantor, sin consideración alguna á la pretendida independencia del Arte y de la Moral. Entónces el infeliz expatriado renegó también de principio tan innoble; rindió homenaje á la virtud en sus desgarradoras elegías de *Los Tristes* y *De Ponto*, y, alegando tales méritos, aunque sin recoger el fruto en vida, pidió á la sociedad misericordia.—¡Otorguémosela!

Horacio, por más que también fuese epicúreo, consideró la Belleza como los estóicos la Virtud; y tan elevado concepto tuvo del Arte, que, sólo á impulsos de él, y como caso de buen gusto, fué constantemente moral y muchas veces moralista en sus inmortales versos. Creo que á Horacio puede denominarse *el Catón de la forma* y *el Epicuro de la honradez*. «Corregir deleitando» era su divisa, y en otro lugar exclama: «*Omne tullit punctum qui miscuit utile dulci.*» Por eso ocupa un puesto separado y propio en las Letras latinas, y fué el poeta ménos popular y más aristocrático de su tiempo. «*Satis est equitem mihi plaudere*» dice él mismo con arrogante desenfado.—Nada añadiré acerca del clásico por antonomasia: hable por mí su *Arte Poética*, de todos conocida, donde á cada paso se establece como norma lo mismo que yo trato de demostrar con ejemplos.

Virgilio representa otro aspecto histórico de aquella época (que, como veis, no estoy examinando cronológicamente, sino en su gradación filosófica). La dislocación política, inseparable siempre de

la dislocación moral, había hecho pedazos el mundo helénico, ó helenizado y desorganizado la República romana. Con todo, á falta de otros elementos, el pueblo latino conservaba fuerzas sociales, anónimas y subterráneas sin duda, pero bastantes para sostener una tiranía digna de su grandeza. El mundo entero pesaba sobre Roma, y Augusto, sintiendo la necesidad de afirmar las bases del naciente Imperio, produjo una súbita reacción religiosa, artificial entre los patricios y los artistas, pero real y efectiva entre la plebe.—Un poeta provinciano, á cuya casa habían llegado los horrores de las guerras civiles y no los placeres de las últimas orgías republicanas, una especie de Trajano de la Poesía, fué el cantor natural de aquella Restauración. Virgilio ensalzó la Paz, el Trabajo y la Patria, presentando esta patria sobre el fondo de oro de la Religión. La Paz, sí, la dulce paz de los campos es la musa de *Las Bucólicas*: es el Trabajo el pródigo númen de *Las Geórgicas*; y la Patria y la Religión son las nobles inspiradoras de *La Eneida*. Canta el poeta mantuano, no al colérico Aquiles, sino al piadoso Eneas, personaje religioso que peregrina con sus Dioses buscando un abrigo donde restaurar la perdida patria; y hé aquí por qué este héroe, extraño al mundo gentil, da á los versos de aquel poema un sabor tan grato á la Cristiandad como en su esfera respectiva lo fué el carácter de Trajano.

Dibujada así la figura de Virgilio á la luz de su propia gloria, demostrado queda también que su testimonio habla en favor de mi digna causa. Sigo, pues, adelante con renovado aliento, como quien ve próxima la feliz terminación de su viaje; que ya clarea tras la noche del muerto paganismo, la aurora de la Religión Cristiana, y pronto sus vivos resplandores alumbrarán el gran triunfo del alma sobre el cuerpo y de la Moral sobre la idolatría.

La decadencia del mundo clásico era irremediable. Ni la tentativa de Augusto ni otras que se siguieron bastaron á vigorizar la antigua fe, escarncida y desautorizada en la Ciencia, en el Arte y en las costumbres. La interesada hipocresía y la grave Razon de Estado, que mantenían como galvanizado á Júpiter en los solitarios templos cuando ya había fallecido en las conciencias, no engañaban realmente á nadie, ni tan siquiera á la sencilla plebe, y pronto vióse que todos los espíritus sinceros comenzaban á abrazar la Religión del porvenir; el Cristianismo.—Poderoso auxiliar de esta crisis suprema había sido Luciano de Samosata, griego ingerido en latino, cuya impía y sarcástica voz tanto daño hiciera á los teólogos y filósofos gentiles, acusándolos de hipócritas y falsarios, y predicando la virtud por la virtud, tal como aquel pagano la entendía; pero ni de él, ni del heroico y sublime Juvenal, que también había fustigado valerosamente

con sus inmortales versos á la corrompida Roma, ni de Marcial, Plauto y Terencio y otros censores de las públicas costumbres necesito hacer detenida mencion; pues á nadie se oculta que la Sátira, en todos sus aspectos, lo mismo en la comedia que en el libro, lo mismo en el pasquin anónimo que en la cancion popular, es y no puede ménos de ser moralizadora ántes que artística, como que tiene por musa el bien y por objeto de sus iras el vicio.

¡Respiremos, señores! Hemos llegado á los tiempos cristianos: es decir; hemos llegado á nuestros dias, con lo que mi tarea puede darse por casi terminada. De aquí en adelante todos depondrán claramente en mi favor, y mi único trabajo será elegir entre el sinnúmero de testigos...—En efecto: ¿quién negará que toda la civilizacion hija de la Cruz ha sido en esencia el reinado del espíritu sobre la forma? ¿Qué pudiera yo añadir en este punto á lo que sabe el más ignorante, á lo que palpita en su corazon, á lo que brilla en el santuario de su alma? Y si de tal modo han pensado y sentido universalmente los cristianos, ¿qué no habrán expresado en sus obras los poetas y los artistas?

Diez lentos siglos, los diez siglos de la Edad Media, pasan ante nuestra imaginacion como un solo éxtasis de los pueblos redimidos por Jesus...—«¡Hierro y tinieblas por doquier!»... Es cierto: hierro y tinieblas cubrían la haz de la trasfigurada Europa... Pero en las entrañas de aquellas tinieblas residía lo infinito. ¡Y qué relámpagos tan deslumbradores salen de aquel caos!...—Prescindo de la predicacion de la Ley de Gracia: prescindo (aunque, por la forma artística de sus escritos, pudieran servir, si no han servido, de modelo á la poesía moderna) de las sublimes obras de los Santos Padres: prescindo tambien de los Poemas y de los Códigos que se escribían, en el nombre de Dios Omnipotente, al par que se realizaban aquellos otros poemas en accion llamados las Cruzadas, la Guerra hispano-árabe de los Siete siglos y el Descubrimiento de América, gloriosísimos empeños todos, que formaron de consuno las Lenguas con que hoy se infiere agravio á aquella Edad, y los pueblos y Estados que ya reniegan de sus fundadores...—Sólo hablaré de dos obras magistrales, esencialmente literaria la una, y esencialmente artística la otra: sólo hablaré de un poeta y de un pintor que resumen el espíritu romántico y religioso de la Edad Media, y que parecen el alma de aquellas Catedrales góticas donde la piedra se espiritualiza hasta desvanecerse en la idealidad del concepto puro: sólo hablaré de Dante y de Beato Angélico... ¡Nadie había expresado hasta entónces con la lira ó con el pincel sentimientos tan místicos, tan elevados, tan inmateriales como los de esos dos ascetas de la forma! ¡Nadie los ha expresado despues, como no sean algunos genios

contemplativos de nuestra patria! Pues bien, señores: no la adoracion del Arte, sino la sed de justicia y el amor del Cielo inspiraron aquellas inefables visiones de *La Divina Comedia* y del cuadro de *La Anunciacion*, scráficos ensueños del alma, milagros de la fe, revelaciones de lo infinito, que bastan á caracterizar las Artes y las Letras de las diez centurias que mediaron entre la caída del Imperio de Occidente y los dias del Renacimiento.

¡El *Renacimiento!*—Sabía de antemano que esta fecha crítica de la civilizacion de Europa era otra de las posiciones estratégicas en que podían aguardarme los partidarios de la libertad de pecar de las Musas; pero ya observaríais más atrás que me apercibí á tiempo contra semejante emboscada. Me limitaré, pues, á decir, apoyándome en axiomas anteriormente establecidos, que aquel decantado Renacimiento, independiente de los ideales contemporáneos, no tuvo vida propia. Con todo su esplendor y magnificencia, que yo no le disputo, fué en sustancia una falsificacion de sentimientos ajenos, un anacronismo voluntario, una primavera artificial. Sus flores habían abierto, no al influjo del sol, sino de las estufas de las Academias. El artista no buscaba la forma en su inspiracion, sino excavando en las ruinas de los edificios paganos. No se discurría; se calcaba. Dejó de haber modelos vivos: la Antigüedad lo daba todo hecho. Debajo de la túnica de María se vislumbraba el cadáver de Niobe. La Muerte servía de maniquí.—Pues aún así y todo (¡oh desencanto para los materialistas del Arte!), no hay obra alguna de aquellos tiempos que no abogue en favor de mi tesis. Todas encierran un fin moral, ora cristiano, ora gentil. En el primer caso, sus autores habían procedido como artistas; en el segundo, como eruditos. Pero ello es que ni uno solo dejó de pedir inspiracion á la fe propia ó á la extraña para que su engendro no careciese de naturaleza moral. Apelo á todas las obras de Vinci, de Rafael y de Miguel Angel, titanes de aquella revolucion, y al Tasso y al Ariosto, que la representan en la Literatura.

¿Y despues? ¿qué ha sido de las Letras? ¿qué ha sido de las Artes? ¿Han renegado en algun pueblo del ideal generoso que las produjo, para convertirse en idólatras de sí mismas?—Veámoslo rapidísimamente.

De España no tengo que hablar. Aquí, por la misericordia de Dios, no ha habido nunca el menor asomo de idolatría para las obras humanas. Esta es la tierra de los enamorados, pero no idólatras, de la hermosura; de los paladines del honor; de los mártires de la patria; de los soldados de Jesus; de los siervos de María. Aquí no se ha concebido jamás eso de *el Arte por el Arte*, sino el Arte por la devocion, el arte por el amor, el arte por los cuidados

del alma. Esta es la tierra de los llamados soñadores, de los ascetas, de los héroes, de los hidalgos, de los *Quijotes* de la Historia; es decir, la tierra de la fe incondicional, de los afectos absolutos, de los sacrificios sin límites, de los ideales sobrehumanos, donde plugo al Cielo que naciesen, no sólo andantes caballeros, sino también esos Hércules de la caridad que se llaman San Juan de Dios ó Don Miguel de Mañara. Aquí la poesía tiene por maestros á Berceo, Alfonso X, Juan de Mena, Jorge Manrique, San Juan de la Cruz y Fray Luis de Leon, cantores de la muerte y de la inmortalidad, que no concibieron más bien que el que es Bien Sumo. Esta es la tierra clásica del amor desinteresado y de la dificultosa teología para los casos de honra; la tierra de los caballeros y devotos de Calderon, de las nobles mujeres de Lope de Vega y de los desfacedores de agravios del inmortal Cervantes. Aquí todos han escrito creyendo, enseñando, criticando, moralizando, poniendo en lucha el deber y la pasión, la Moral y el deseo, el bien y el mal, para adjudicar el premio á la virtud y someter los apetitos al imperio de la conciencia. Nuestras envidiadas pinturas llevan los nombres de Murillo, Ribera, Zurbaran, Alonso Cano, Juanes, Morales, Claudio Coello..., para quienes el caballete no fué más que un altar en que quemaron la mirra y el incienso de su inspiración...— El mismo Velazquez, el pintor realista (como se dice ahora) es todo filosofía, todo moralidad, todo devoción, cuando rompe los estrechos límites del retrato ó del encargo.—Y, en punto á escultores, puede decirse que, si por si acaso los tuvimos, sólo labraron la piedra ó tallaron la madera para representar á Cristo y á sus Mártires. ¡Nunca fué su empeño hacer un ídolo del cuerpo humano! Antes pusieron todo su afán en espiritualizar la materia.

Pero me abrumba y me sofoca la multitud de pruebas que acuden á mi imaginación en apoyo de lo evidente, de lo inconcuso. Acabaré, pues, por lo tocante á España, citando de nuevo la obra más admirable del ingenio nacional y también del ingenio humano.—¿Qué es el *Don Quijote*? ¿Qué significa para la Moral esa creación maravillosa, tan venerada en toda la tierra? ¿Es meramente, como algunos dicen, una sátira contra los Libros de Caballerías, que Cervantes consideraba dañosos á las buenas costumbres, y acaso, acaso, una caricatura del espíritu aventurero de los políticos españoles, personificados en Alonso Quijada? ¡Pues ya tenemos aquí el *fin útil* de la grande obra!—¿Es, por el contrario, y como yo creo, una sátira contra el egoísmo, contra la injusticia, contra la ingratitud, contra la grosería del vulgo alto y bajo, y contra el escarnio que hace y mala cuenta que suele dar de aquellos generosos paladines que se aventuran á luchar y sufrir por el prójimo? ¡Ah, señores! En tal caso, ¡qué

desagravio de la Moral! ¡qué alegoría tan bella y tan consoladora! ¡cómo se ufana el bueno de padecer persecuciones por la justicia! ¡cómo bendice el poeta los molinos de viento de sus ilusiones! ¡cómo se reconcilia el mártir con la Dulcinea de su esperanza! ¡qué grotesco y odioso ha resultado el materialismo! ¡qué grande y benemérito aquel noble demente! ¡cuán excelsa y amable su poesía! ¡qué vil la prosa de Sancho Panza!

Tal es á mi juicio el sentido, profundamente espiritual, y por lo tanto moral, de las Letras y las Artes españolas; y tal, aunque con diversos caracteres, contemplo la naturaleza íntima de todos los grandes poetas y artistas europeos en el decurso de la Edad Moderna.—Miremos, si no, de pasada los dos ó tres figuras que, como soberanas cumbres, descuellan sobre las demás; y terminemos, que ya es hora.

A la parte de Inglaterra, vemos asomar la noble frente de Shakspeare, coronada de inmarcesibles lauros. Nadie le niega ya á ese gigante el título de «el más grande dramaturgo del universo.» ¿Y qué fué en puridad? ¿Un artista de la forma? ¿una especie de mecánico, ó escenógrafo, que disponía arbitrariamente lo que hoy suele llamarse *Cuadros vivos*, sacrificando la verdad al simple efecto y buscando á todo trance los alaridos de terror del público? ¿Fué en suma, un servidor de *el Arte por el Arte*?—¡Ah, no! Su gloria tiene más sólido cimiento. Sus dramas son el espejo de la vida y la autopsia de la conciencia. Al oír hablar ó al ver moverse á *Hamlet*, á *Macbeth*, á *Otelo*, á *Glocester*, al *Rey Lear*, el espectador cree que se asoma á los abismos del alma y que ve allí la cuna de las pasiones, las escondidas fuentes del bien y del mal, el antro donde se engendra el crimen, la ignorada gruta donde van juntándose las lágrimas, la fuerte roca donde se cristaliza el diamante de la virtud, la hirviente lava que ha de hacer temblar la tierra... Cada afecto ó cada pasión, cada heroicidad ó cada culpa, lleva al lado su ángel ó su demonio, su recompensa ó su castigo. El Remordimiento es siempre la tremenda furia que desencadena el autor contra los malos. Dios misericordioso está siempre en el fondo del drama, consolando á los buenos con la paz de la conciencia. Por eso las obras de Shakspeare son tan dulces y tan edificantes en medio de todos sus horrores. Su última lontananza es el cielo. Allí triunfa Desdémona, la inocente víctima del Moro; allí está Antonio, el sublime deudor del Judio; allí los Amantes de Verona; allí Ofelia; allí los hijos de Eduardo; allí el Rey Lear, segundo Laocoonte, no atormentado por serpientes, sino por sus ingratas hijas.

En la docta Alemania surge otro coloso, cuyas singularísimas obras, producto de un genio inmenso, tampoco desmienten mi afirmación. Y cuenta,

señores, que se trata de aquel revolucionario que en la Poesía moderna representa lo que Platon en la Filosofía antigua; de aquel que soñó con una religión filosófico-humanitario-universal y en su triunfo definitívó sobre las dogmáticas, sin sospechar que en pos de las escuelas metafísicas de su tiempo vendría el materialismo; de Goëthe, en fin; del autor de *Las Afinidades electivas*, del autor de *Fausto*, del autor de *Werther* y de tantas otras gigantescas temeridades como perturbaron la Europa á fines del siglo pasado. Con todo, Goëthe, en la parte meramente literaria de sus creaciones, en lo dramático y en lo lírico, rinde culto á la Moral de su época, en la parte filosófica se afana constantemente por el *bien absoluto*, y, si considera el Arte con una serenidad olímpica que tiene poco de humana, esto mismo contribuye á que, como Horacio y como Schiller, eleve la probidad á la categoría de belleza.—No puedo detenerme á citar ejemplos: sólo indicaré uno. La virtud de Margarita, vencida un instante por todo el poder del Infierno, valido de las armas del Amor, se purifica luégo en el Jordan de las lágrimas y llega á triunfar de Mefistófeles, arrebatándole el alma de Fausto.—«*Sube... Sube... ¡que él te seguirá!*», dice la MADRE GLORIOSA á la pecadora arrepentida.

Lord Byron, portentoso cuanto desventurado genio, encarró, por decirlo así, la poesía lírica, romántica, subjetiva, soberbia como Lucifer, cósmica y personal á un tiempo mismo, que nació del divorcio del Cielo y de la Tierra.—Huérfano el Arte, habíase prendado de la Naturaleza, considerándola huérfana también, y contábale, como ántes á Dios, los infortunios de la humana vida.—Byron recorre la Europa y el Oriente, llorando, maldiciendo, mostrando doquier las llagas de su alma y escribiendo en variedad de tonos la tragedia de sus desventuras; monólogo autobiográfico que imitaron luego sus rapsodas ó sus discípulos, bien que muchos de estos, por necesidad de escuela, fingiesen dolores que no sentían. De cualquier modo, la verdadera poesía byroniana, la poesía cómplice del mal, la poesía rebelada contra Dios, ofrece un dichoso contraste, á falta del cual no resultaría artística, sino ruin y oscura como la blasfemia, y es, que sus propias lamentaciones, su fondo elegíaco, su incurable melancolía prueban al mundo que sin creencias ni virtudes no puede haber felicidad ni reposo. Aquella angustia y desesperacion que van unidas á sus impiedades y sarcasmos son tan moralizadoras como lo fuera una buena estatua de Orestes, de Cain ó de Satanas, sobre cuyo rostro hubiese impreso el escultor con mano maestra el espanto del crimen, el horror del remordimiento ó la tristeza de un alma precita. Sólo por contraposicion, el bien y la inocencia aparecían amables y apetecibles, y, consi-

guientemente, desagraviada la Moral.—Fuera de esto, el mismo Byron, al modo de un ángel caído, suspira á todas horas por esa inocencia y por ese bien, por la fe que perdió y por el cielo de que se cree desterrado, hasta que finalmente va á exhalar su último canto y á dar su vida en aras de un sentimiento noble y generoso.

Una palabra acerca de Francia; pues aunque poco, muy poco sustancial hay que decir de ella, no debo pasarla por alto.—Francia no ha creado nunca verdaderas escuelas artísticas ni literarias.—Aplíquese á Racine y á Corneille lo que he dicho del Renacimiento, y se tendrá mi humilde opinion respecto de tan ilustres dramáticos. Sus mejores obras están vaciadas en moldes greco-latinos, no sólo en la forma, sino hasta en la esencia, salvo alguna ocasion en que nuestro Teatro les sirve de modelo. Como quiera que sea, Racine y Corneille no dejan nunca de proponerse un fin útil y saludable, como lo preceptuaba Boileau; ya la misma moraleja de la primitiva fábula pagana, ya alusiones políticas ó patrióticas. ¡Hasta Voltaire, el Luciano del siglo XVIII, preconiza el bien y la virtud siempre que se calza el coturno trágico, y si algunas veces rebaja la poesía al fango de los Ovidios y Lucrecios, es impulsado por aquel fanatismo negativo que á él le parecía la suprema moralidad.—En cuanto al gran Moliere, gloria legítima de Francia, su mejor elogio será decir que hizo tantas buenas obras como obras buenas. *El Avaro*, *El Misántropo* y *El Hipócrita* no fueron ménos aplaudidos de los hombres de bien que de las personas de buen gusto.

En el siglo presente, la literatura francesa ha ido descendiendo y haciendo descender las Letras latinas, desde el romanticismo objetivo, que predicó *inmoral*, *creyéndolo moral*, hasta el género bufo, *lo que enseña lo inmoral, á sabiendas de que lo es...*—Pero respetemos al delincuente en la hora providencial del castigo... Respetemos el dolor de un pueblo humillado, y pidamos tan sólo que la pena vaya seguida del escarmiento.

He concluido mi larga y laboriosa tarea. Creo haber probado, señores Académicos, con razones filosóficas al principio, y despues con el propio testimonio de las Letras y de las Artes, que la Belleza es una incógnita metafísica como la Verdad y la Bondad, de las que nuestra limitada razon sólo vislumbra desde la tierra algunos pálidos reflejos: he intentado demostrar que estas tres ideas *madres* son distintas entre sí (pero consustanciales en la esencia) y distintas sus esferas de accion (pero concéntricas y armónicas); de tal suerte que nunca llegan á contradecirse: y he deducido, en consecuencia de todo, que, si la Moral no puede considerarse como exclusivo criterio de belleza artística, tampoco

puede haber belleza artística indiferente á la Moral, á ménos que se niegue la indivisible unidad de nuestro espíritu.

No os habrán sorprendido, por lo demas, la viveza y el calor con que he tratado un asunto que hasta ahora sólo había dado márgen á ceremoniosos torneos didácticos; pues demasiado sabreis que la teoría de *el Arte por el Arte* está hoy relacionada con otras á cual más temible, y que juntas socavan y remueven los cimientos de la sociedad humana.—Comenzóse por pedir una Moral independiente de la Religion: pidióse luégo una Ciencia independiente de la Moral: en voz baja empieza ya á exigirse que independiente de la Moral sea tambien el Derecho, y á grito herido reclaman los *Internacionalistas*, dejándose de contemplaciones y yendo derechos al bulto, que se declaren asimismo independientes de la Moral las tres entidades sociales; el Estado, la Familia, el Individuo. ¡Es decir, señores, que los ateos, pasando del humanismo sin Dios al humanismo sin alma, y del humanismo sin alma al *bestialismo* (última palabra de los materialistas), reniegan ya juntamente del Dios del cielo, de los Reyes de la tierra, de la autoridad histórica, de todo vínculo social, de la sociedad misma, de la propiedad, de la casa, de la esposa, de los hijos, hasta de sí propios, ó sea de su condicion de criaturas racionales, pidiendo, en cambio, á la luz del petróleo y entre las ruinas causadas por el incendio, la anarquía universal, el amor libre y la irresponsabilidad de las acciones humanas!

Pues bien: en circunstancias tan pavorosas y terribles; sin parar mientes en que el soberbio edificio de esta civilizacion negativa tiembla ya bajo nuestros piés, es cuando hay maestros de estética que se atreven á proponernos que el *Arte*, el gran elemento conservador, prescinda tambien de sus aspiraciones espirituales, de los dictados de la conciencia, del amor al bien, de todo respeto á la Moral! ¡Proceden, en verdad, lógicamente esos peregrinos doctores si, como presumo, pertenecen á la *extrema izquierda* de la filosofía novísima! ¡Para qué la Moral, si no hay Dios, si no hay alma, si no hay hombre, si no hay más que fenómenos físicos sobre la tierra?—Pero vosotros, oradores, poetas, músicos, escultores, pintores, arquitectos, que vivís la vida del espíritu, y vosotros tambien, meros aficionados á las letras y á las Artes, que acudís á estas solemnidades académicas, y á los Teatros, y á los Liceos, y á las Exposiciones artísticas, ganosos de útiles y dulces espectáculos que consuelen y animen vuestro corazon en este siglo de la materia por la materia; vosotros rechazareis altivamente esa teoría sacrilega, fruto ponzoñoso de un nuevo satanismo, enemistado con el Bien, que desea proscribir la Moral de todas partes, que ya ha reducido mucho el

imperio de la Virtud, y que hoy nos declara sin rebozo (en nombre de no sé qué belleza sin alma) *que quiere ser dueño de practicar el mal!* ¡Para vosotros, la fe en Dios, la augusta idea de la inmortalidad del espíritu, los triunfos sobre las pasiones terrenales, los sacrificios del egoismo animal, la penitencia, la limosna, la castidad, el perdon de los agravios, el amor al enemigo, serán siempre la verdadera vida y la verdadera sublimidad del hombre en este bajo mundo! ¿Cómo no, si triunfar del cuerpo, redimir el alma, sobreponer lo moral á lo físico, es el atributo esencial y genérico que distingue al sér humano de la bestia?

En ese terreno, y no en ningun otro (digámoslo con vergüenza y amargura), hay que dar hoy la batalla á los impíos. Ya no se trata de comparaciones y diferencias entre esta y aquella Moral ó entre tal y cual Religion positiva. ¡Ni tan siquiera se trata de si hay ó no hay Dios!... El mal está más profundo: la gangrena roe más abajo. Se litiga si hay ó no hay espíritu, si hay ó no hay alma, y con probar nosotros que la hay, lo habremos probado todo. ¡De haber alma, tiene que haber mejor vida; tiene que haber Dios; tiene el hombre que responderle de sus actos; hay necesidad de Moral; podremos subsistir sobre la tierra!

Defended, pues, ¡oh soldados del sentimiento! los timbres de vuestra naturaleza empírea, de vuestra divina alcurnia. ¡Defended que sois hombres! ¡defended que sois inmortales!...—Por lo que á mí toca, mientras aliente y pueda escribir ó hablar, seré el paladin del alma. Ella es mi Dulcinea. En la Religion, en la Historia, en la Poesía, en las Artes, veré siempre lucir su maravillosa hermosura! Digan otros que la señora de mis pensamientos no es más que un vulgar conjunto de *fuerza y materia*, como el que, segun cierto sabio á la moda (1), dirige las funciones del cerebro humano. Para mí no dejará nunca de ser la inmortal Princesa de incomparables gracias á quien debo las únicas alegrías que recuerdo sin abochornarme, las horas mejor empleadas de mi vida, mis ensueños poéticos, mi mansa felicidad, el consuelo de todos mis dolores y la inmarcesible esperanza que, como fiel siempreviva, me acompañará hasta el sepulcro.

¡Oh dulce concierto! *Espiritual y moral* son ideas inseparables. Todo lo que eleva al hombre sobre la materia lo fortifica y lo mejora, bien sea la contemplacion de la naturaleza muda, que apenas sabe balbucear su himno de agradecimiento al Criador, bien el divino arte de la Música, que tanto habla al espíritu con los indeterminados acentos de su misterioso idioma. Lloro el mortal entónces, sintiendo más que nunca la inefable nostalgia del Cielo, y sus

(1) Buchner.

copiosas lágrimas, acerbas al principio, son al cabo puras y alegres como aquellas últimas gotas de la lluvia que abrillanta el sol después de la tempestad y que sirven de gala y regocijo al indultado mundo. Indultada de su destierro se cree también la mísera criatura cada vez que el entusiasmo la purifica con aquel noble lloro equivalente á una plegaria; y, presintiendo, en su éxtasis, la hora del perdón y de la libertad, ó sea el instante de la benigna muerte, recobra fuerza y virtudes para seguir peregrinando hácia su patria.—Y, pues esto es así; pues que nuestra jerarquía sobre la tierra consiste precisamente en vivir fuera del tiempo que se cuenta y del espacio que se mide; pues que los ídolos de barro, las beldades del mundo, nuestras inspiraciones y nuestras obras pasan ante la Eternidad *sicut nubes, quasi aves, velut umbra*; pues que nosotros mismos somos huéspedes de un día en este pobre globo que se disputan la luz y las tinieblas..., á tal extremo ¡ay de mí triste! que al entrar hoy aquí (aunque tan temprano me habeis llamado), no me aguardan ya los brazos de aquel que amé con filial cariño y cuya sombra amiga todos me recordais (1) (como tal vez muy pronto sólo quedará una vaga memoria de mi paso por esta Comunidad); pues que sueño es la vida, humo leve la gloria, nuestras bellezas ilusión, litigios nuestras verdades, y único bien duradero la esperanza de lo absoluto, considerad, señores, si hay razón y fundamento para que, desdeñando los ideales finitos, y buscando digno término remoto á nuestras obras, nos elevemos á la contemplación del Eterno Sér en quien juntamente residen la Suma Verdad, la Suma Bondad y la Suma Belleza.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

EL ÚLTIMO DISCURSO DEL SEÑOR ALONSO MARTINEZ.

III. *

Se comprende sin dificultad por lo que antecede, que, desconociendo al parecer todos los escritos y trabajos de Krause, y no dando señales de haber leído entre las producciones de sus discípulos sino la traducción española (excepto el prólogo) de los *Estudios sobre religion* de Tiberghien, no ha de estar muy al tanto el ilustrado crítico de esta doctrina sobre el concepto que de la religion se formula y profesa por los inspirados en el espíritu de aquel sistema filosófico. Toca la cuestión religiosa á las

más altas regiones de la investigación científica, y señala como el último grado de la reflexión racional, que recoge en este superior proceso los más sabrosos y sazonados frutos de su trabajo. Cuestión delicadísima, ante cuya suma grandeza há menester el hombre la total disposición de su espíritu y ánimo, la aplicación ordenada de todas sus energías y la religiosa devoción á la verdad, si aspira á recibir al Dios vivo en la intimidad de su conciencia, en santa, divina y regeneradora eucaristía.

No es, pues, extraño que el discurso académico en cuestión (obra, como suele decirse, de ocasión y de circunstancias), contenga afirmaciones y ocurrencias por las cuales se ve con toda claridad que no ha sido estudiado el asunto dentro de la total doctrina metafísica ú ontológica que supone; lo extraño é inverosímil es que no haya siquiera consagrado una reflexión circunspecta á las afirmaciones descarnadas que ha ido recogiendo en el repetido opúsculo de Tiberghien.

Ante todo, es una afirmación gratuita la de que Krause confunde la religion con la filosofía: Krause y los krausistas entienden que es la religion una relación personal del hombre con Dios que debe aquel realizar en todos los actos y momentos de su vida. Ahora bien; no es culpa de Krause, sino efecto de la naturaleza racional humana, la necesidad que el hombre tiene de conocer su destino y sus fines, así para poder abrazarlos con todo el amor de su corazón en el sentimiento, cuanto para proponérselos como objeto de sus acciones. Y en este sentido, sin confundirse ni contradecirse en su eterna absoluta naturaleza la religion y la filosofía, ha podido ésta, sin salir de su propio círculo, ir depurando y purificando la idea y el concepto de la religion en todos los pueblos y civilizaciones humanas, y ha podido aquella ir formando cada vez más puras, y nobles, y perfectas representaciones de la divinidad y del mundo, practicando cada vez con superior espíritu esta relación fundamental de la vida, y ensanchando cada día con el progreso de aquellas mismas representaciones la ciudad de Dios en la tierra. ¿A qué cansarnos en discutir cosas tan elementales? ¿Confundirá jamás el Sr. Alonso Martinez el derecho con la ciencia jurídica? Pero una cosa es que el derecho se distinga de su conocimiento, y muy otra cosa es que necesitemos conocerlo si queremos realizarlo en la vida, y que no podamos realizarlo sino en la medida y grado que lo conozcamos.

Tampoco es exacto que Krause y sus discípulos rechacen en absoluto la posibilidad del milagro. Acerca de este punto veamos cómo se expresa aquel ilustre pensador: «Los *milagros* son acontecimientos que Dios obra en la vida temporal de los seres finitos en la esfera de la Naturaleza, el Espíritu y la Humanidad, con la cooperación de las

(1) D. Nicomedes Pastor Diaz.

* Véase el núm. 155 de esta REVISTA, pag. 166.

«fuerzas vivas de estos seres;» y más adelante dice: «acontecimientos, pues, que sin esa acción individual de Dios y por las fuerzas de los seres finitos no podrían producirse (1).» Esto es lo mismo que dice el Sr. Alonso Martínez, aunque con la indeterminación que caracteriza todas sus afirmaciones, en la página 39 de su discurso: «*En general* (es decir, hasta cierto punto), yo también profeso esta tesis (la de que el mundo se rige por sus leyes naturales).» En cuanto al origen divino y sobrenatural del lenguaje, como una obra que recibió el hombre completamente formada, al decir del Sr. Alonso Martínez, y «no lenta y penosamente elaborada por los esfuerzos acumulados de muchas generaciones,» es muy conveniente estudiar con el detenimiento que el asunto reclama los interesantes trabajos que se han publicado sobre el mismo, y muy especialmente las obras de los filólogos modernos (2), cuyos progresos en la ciencia del lenguaje han merecido la admiración de todos los sabios. En esas fuentes abundan datos y doctrinas que no caben en los estrechos límites de estas observaciones.

Y aquí entra la parte más original de tan notable documento. «La religión significa y representa,—dice,—más que la *unión* entre Dios y el hombre, la *sumisión* del hombre á Dios.» Nosotros habíamos creído siempre que toda *relación personal* implicaba la *UNION* de las personas entre quienes la relación se constituye; y que ora la relación fuese de superior á inferior, ora entre iguales, ora de inferior á superior, ora de inferior á Supremo (que es donde cabe la absoluta *sumisión*, sólo á Dios debida), era imposible que la *unión* entre los seres relacionados faltara. Tendría algún fundamento semejante rectificación, si los krausistas hubieran dicho alguna vez que la relación religiosa era relación *entre iguales*, negando la *subordinación* del hombre en ella; pero como han afirmado siempre lo contrario, la cuestión es perfectamente ociosa. Sólo por vía de ejemplo, pues sería inacabable la tarea de copiar todos los pasajes en que dicho concepto se declara de una manera terminante y explícita, vamos á transcribir aquí algunos de ellos: «Así como nuestra humanidad está llamada á constituirse en un Reino y Estado sobre toda la tierra, está llamada á reunirse en una sociedad fundamental religiosa (una iglesia) BAJO LA SUBORDINACIÓN Á DIOS, y en el amor de todos los hombres en Dios (3).» Todavía se expresa

(1) Krause: *Filosofía absoluta de la Religión*, pág. 719 y siguientes.

(2) M. Max Müller: *Lecciones sobre la Ciencia del Lenguaje*.—Traducción francesa, 1867. Este libro contiene una extensa relación bibliográfico-filológica.—Whitney.—*La Vida del Lenguaje*.

(3) Sanz del Río: *Ideal de la Humanidad para la vida*: segunda edición, pág. 238.

el mismo pensamiento de un modo más claro y terminante en este otro texto: «La religión tiene en nosotros un doble fundamento; de un lado *el sentimiento de DEPENDENCIA* (1), y de otro el de *intimidad*, ambos consecuencia de la relación esencial que se da entre el ser finito y el ser infinito;» y explicando después aquel primer fundamento de la religión, prosigue: «debiendo, por lo mismo, determinar nuestros actos, no constituyéndonos en centro del mundo y poniendo éste á nuestro servicio, sino antes bien *SOMETIÉndonos y SUBORDINÁndonos* al fin universal de todo cuanto existe (2).» No hay que decir, una vez probada la inexactitud de tal supuesto, que todas las declamaciones, derivadas del mismo á manera de necesarias consecuencias, claudican por su base. Ni «hay que *disgregar* la oración y el culto de la idea religiosa,» ni por admitir estas esenciales manifestaciones de la religión «se cae en el absurdo de que Dios también se inclina ante la criatura y la reverencia.»

¿Qué más? Después de haber afirmado el Sr. Alonso Martínez que no es propiamente la religión la *unión* del hombre con Dios (página 51 de su discurso), viene á contradecirse de tal suerte en la página 65, y á convenir tan por completo con el concepto que de la religión formulan los krausistas, que no habrá uno de ellos, estamos bien seguros, que ponga una tilde siquiera á lo que parece ser, al menos en este lugar, la expresión del pensamiento religioso de aquel insigne crítico: «La religión consiste precisamente en esta *UNION MÍSTICA* en que la razón humana hace acto de fe y de *sumisión* á la razón divina.» ¿Había necesidad, para venir á parar á este resultado, de alterar y desfigurar la doctrina de Krause? Convengamos en que es el oficio de crítico comprometido y arriesgado, cuando al desconocimiento de la obra que ha de juzgarse se junta una parcialidad manifiesta, incompatible con la absoluta buena fe que toda sana y noble crítica reclama. Pero prosigamos nuestro penoso exámen.

Aunque para el Sr. Alonso Martínez «la oscuridad en la expresión refleja siempre cierta vaguedad en los conceptos y es síntoma de una especie de *indigestión intelectual*;» y á pesar de tener por abstruso é ininteligible el lenguaje de los filósofos modernos, especialmente el de Krause, no ha podido librarse por completo del funesto contagio; y adoptando, como suyas, expresiones de contextura y sabor plenamente krausista, exclama dirigiéndose á sus oyentes: «¿Teneis conciencia directa de Dios como *esencia propia*, le sentís como *esencia total*?»

(1) Esta frase es literalmente idéntica á la de Schleiermacher, citada como en oposición al concepto religioso de Krause, en la pág. 52 del discurso que examinamos.

(2) *El Positivismo y La Civilización*; artículos publicados en LA REVISTA EUROPEA por D. Gumersindo de Azcárate.

Para contestar negativamente á esta *filosófica* pregunta, invoca la autoridad del propio Krause, quien entiende, dice, que es el sentimiento «la union de un sér consigo mismo segun la totalidad;» y por su parte declara *sinceramente* «que no siente á Dios como una parte de su sér, ni á su sér como una parte de Dios.»

Que el hombre en ciertos grados de cultura no sienta á Dios en su conciencia, es cosa posible y aún corriente; que debe ser creído, cuando con toda sinceridad lo declara, es elemental precepto de humanidad; pero elevarse del reconocimiento del propio hecho y estado del espíritu á sentar un principio universal y eterno, es pretension soberbia y desautorizada. Prescindiendo de toda consideración meramente lógica, relativa al valor de las inducciones que arrancan de la singularidad de un estado individual, acaso no observado con escrupulosidad ni rectamente interpretado, ¿quién no conoce gentes para quienes nada dice, ni les conmueve, ni les afecta el grandioso espectáculo de la Naturaleza, en la hermosura y riqueza de sus innumerables criaturas, en la majestad imponente de su vida, en la inmensidad de sus mares, en sus torrentes de luz y de armonía, en la magnitud de su conjunto y en la delicadeza de sus primorosos pormenores, en sus luchas, sus tempestades y sus renacimientos? ¿Quién no conoce gentes—áun entre las que presumen de ilustradas y cultas—que jamás se han asomado á ese otro mundo interior del Espíritu, cuyas maravillas en nada ceden, si no rivalizan y superan, á las que ofrece el mundo Natural? Quién por dolorosa experiencia no ha hallado en su camino empedernidos corazones, insensibles ante la desgracia de sus propios hermanos, incapaces de experimentar esos goces purísimos que despiertan las divinas creaciones del arte en las almas que se han curado de educar y purificar sus sentimientos? ¿Fuera racional, prudente y sensato procedimiento, por la observación de estos imperfectos estados, aún siendo numerosos y frecuentísimos, elevarnos á establecer principios generales y á poner infranqueables límites al espíritu humano, negándole la posibilidad de conocer la Naturaleza, el Espíritu, las creaciones del Arte, y de conmoverse ante el inmenso tesoro de belleza que esos reinos y esferas de la realidad nos ofrecen? Pues esto es, en suma, lo que hace el Sr. Alonso Martínez, al negar á la conciencia humana la posibilidad de sentir á Dios, sin otro fundamento que la declaración de su propio estado.

Pero hay algo más grave todavía. Nunca es fácil empresa la de concretar el pensamiento de un filósofo ó de una escuela, reduciéndolo á fórmulas definitivas y sacramentales. Cuando se ha estudiado á conciencia el organismo de una doctrina y pene-

trado profundamente en su espíritu, pueden tales fórmulas servir como indicaciones y notas que faciliten la inteligencia del sistema; pero cuando se desconoce éste, y las fórmulas no son sino frases incoherentes y sueltas cogidas al acaso, con el exclusivo propósito de combatir la afirmación, casi siempre incompleta, que en ellas se significa, degeneran forzosamente en expresiones sibilíticas, cuya formación laboriosa y sentido profundo escapan siempre á la observación ligera y superficial de quien por tal manera las rebusca é invoca. El procedimiento empleado por el Sr. Alonso Martínez para concretar en una especie de definición la doctrina del sentimiento profesada por los krausistas nos trae involuntariamente á la memoria el recuerdo de un infeliz funcionario de la administración (á quien su mala estrella y su correspondiente título de abogado llevaron á uno de nuestros departamentos ministeriales), el cual había entendido tan desdichadamente su misión, que para extraer los expedientes copiaba á la letra tres ó cuatro líneas de cada párrafo, prescindiendo en absoluto de lo restante, siquiera fuese lo más importante y capital. No hay para qué decir la completa imposibilidad en que colocaba el despacho de los asuntos que pasaban por su mano, las burlas y chacotas á que el pobre se expuso, y la lección que sus superiores le propinaron separándole de su cargo, no sin aconsejarle caritativamente que procurara librarse en lo sucesivo de la tentación de inmiscuirse en lo que no entendiera.

No queremos establecer con esto una paridad perfecta entre el proceder del desgraciado leguleyo en el extracto de sus expedientes y el seguido por el eminente jurisconsulto cuanto ilustre político en el extracto de las doctrinas krausistas; pero séanos permitido aquel involuntario recuerdo, para que pueda juzgarse con alguna aproximación de la autoridad que merecen los duros y destemplados cargos que lanza en su discurso contra las doctrinas de Krause.

El sentimiento, segun el propio Krause, dice el Sr. Alonso Martínez, es «la union de un sér consigo mismo segun la totalidad.» No negamos que digan esto Krause y los krausistas; pero negamos rotundamente que digan sólo esto. Esa especie de definición del sentimiento conviene á aquella esfera del mismo, en que el que siente y lo sentido son interiores aspectos de un mismo sér; esfera que ha recibido la denominación de *inmanente*, á distinción de aquella otra, la *trascendente ó transitiva*, en que el objeto del sentimiento es otro y distinto del que siente, y para cuya determinación es la citada fórmula insuficiente é incompleta. Tratar por tanto de utilizar aquella definición, y convertirla en base de razonamiento para negar la posibilidad de que la

conciencia humana sienta á Dios, es pretension tan infundada como todas las anteriores; pues no sólo afirman los krausistas que *trasciende* de la esfera de lo *inmanente* el conocimiento y sentimiento de Dios como el fundamento absoluto de la realidad, sino que en la esfera *transitiva* del sentir, ó aquella en que lo sentido es distinto del sujeto que siente, ocupa el sentimiento de Dios el más alto lugar, y constituye la suprema esfera en esta relacion de la conciencia.

Tampoco ha sido fiel en este punto la exposicion de la doctrina de Krause, pudiendo haberlo sido á muy poca costa. Serán contados los alumnos de segunda enseñanza que, apénas interesados por este género de estudios, desconozcan el libro de Psicología (1) publicado en nuestra patria bajo la inspiracion de las doctrinas de Krause y de sus más notables y populares discípulos, segun el mismo autor declara explícitamente al frente de su obra. En ella se expone, aunque de un modo sumario, toda la doctrina del sentimiento; pero como sería necesario para transcribir aquí sus principales afirmaciones copiar capítulos enteros, dada la concision con que está redactada, preferimos recomendar su lectura al Sr. Alonso Martinez, seguros de que reconocerá lo fragmentario é incompleto de la fórmula en que ha pretendido encerrar la teoría krausista ya mencionada.

De muy buen grado insistiríamos aún sobre este punto, para declarar el profundo sentido que á nuestro juicio entraña la definicion del sentimiento, en que Krause considera esta propiedad como relacion interior de sér, y mostrar la imposibilidad de que se den relaciones de carácter *transitivo*, lo mismo en ésta que en las restantes esferas de la conciencia y de la vida, sin el necesario supuesto de la relacion *inmanente*; pero como ni esto toca directamente á nuestro propósito, ni creemos que interese de gran manera al ilustrado disertante, omitimos en obsequio de la brevedad toda consideracion de este género. Conste, sin embargo, que el Sr. Alonso Martinez ha entendido tan sólo de la fórmula repetida la letra muerta, no el espíritu vivo que late bajo la materialidad de las palabras.

Así y todo, deduce de ella una consecuencia cuya ilegitimidad es notoria, cuya incongruencia salta á la vista, y donde vuelve á mutilarse la doctrina krausista en la relacion que el sentimiento mantiene con el conocimiento ó con la idea. Tratando de determinar la propia esfera del sentimiento por razon del objeto sentido, dice textualmente: «Me siento á mí propio y nada más;» y pretendiendo rectificar

(1) *Lecciones sumarias de Psicología* explicadas en la Escuela de institutrices de Madrid por D. Francisco Giner, ex-profesor de la Universidad, y expuestas por D. Eduardo Soler y D. Alfredo Calderon, 1874.

sin duda el pensamiento de Krause, continúa: «El mundo de los espíritus sobre todo se escapa á mi sentimiento;» y más adelante, concretándose al sentimiento de Dios, añade: «...directa é indirectamente, sin que *la idea* revelada por la razon me sirva de intermediario, yo no siento á Dios... Ni tampoco le veo, prosigue, por más que el alma se repliega sobre sí misma y mira lo que en ella hay.» Dando á la palabra *idea*, ora su interpretacion etimológica de *vista*, ora su acepcion usual y corriente en que se toma por equivalente á *conocimiento*, y traduciendo á humilde prosa las anteriores *metafísicas* frases, resulta: primero, que para el Sr. Alonso Martinez no existe más sentimiento inmediato y directo que el que cada cual forma de sí propio; segundo, que los otros séres distintos de nosotros, Dios mismo inclusive (1), los sentimos sólo á condicion de *conocerlos*, ó de recibirlos mediante la idea; tercero, que nosotros no vemos, ni conocemos á Dios por más que miramos al fondo de nuestra conciencia. ¿Puede darse contradiccion más inconcebible y estupenda? Y luégo, aparte la contradiccion, ¿para qué? para venir á decir á medias y en lenguaje afectado y contrahecho lo que los krausistas afirman en habla inteligible y sin teológicos distingos.

No ya meramente en la esfera *transitiva* del sentimiento, sino que tambien y primero en la relacion interior é inmediata (en el sentimiento de nosotros mismos), es el conocimiento condicion inexcusable para que aquel exista; y aunque no es esta una novedad en la ciencia, sino verdad de muy antiguo reconocida y proclamada, bueno es hacer constar que tambien el krausismo la ha proclamado y reconocido, sin exceptuar, como su severo Aristarco, la esfera de nuestro propio sér. Así se expresa acerca de este punto uno de sus representantes (2): «Aunque coordinado á éste (al conocer), y sustantivo en su esfera, es el sentir segundo respecto del conocer y condicionado por él: de manera que no cabe sentimiento alguno respecto de un objeto que nos es absolutamente desconocido, y que la intimidad y profundidad del sentimiento se favorecen por la amplitud, claridad y precision del conocimiento que del mismo objeto sentido hemos formado.»—De aquí que el krausismo, no por prurito de simetría,—que esto lo dejan para los que hacen de la filosofía ingenioso ejercicio de insustancial é insulsa retórica—sino por consecuencia racional de los principios afirmados, sostenga que la

(1) San Agustin, hablando de Dios (De Mus., VI, I), dice: *Qui humanis mentibus nulla natura interposita presidet*. ¿Qué hace el Sr. Alonso Martinez con esta autoridad tan respetable?

(2) D. Francisco Giner de los Rios en sus *Lecciones de Psicología*, ya citadas: pág. 152, pár. 186.

intimidad y profundidad del sentimiento religioso depende de la *amplitud, claridad y precision* del conocimiento de Dios, como el fundamento de esta suprema relacion de la vida.

Queda aquí todavía este punto pendiente y necesitado de mayores desenvolvimientos; pero sobre que se harían interminables estas observaciones, reservamos algo de lo que nos ocurre, para cimentar nuestra afirmacion de que, si el Sr. Alonso Martinez *desconoce* la obra que ha pretendido criticar, muestra igualmente *carecer de criterio* para verificarlo, caso de que algun dia llegara á conocerla. De lo primero, suponemos que no quedará la menor duda á quien quiera que lea con alguna atencion las consideraciones hechas hasta aquí. Respecto de lo segundo, que si tiene en sí capital importancia, la pierde desde el momento que se considera lo inútil de todo criterio para juzgar de lo desconocido, procuraremos ser muy breves.

IV.

Hemos reservado de intento para esta ocasion el rectificar debidamente la verdadera candidez con que se apela en muchos pasajes al ya desacreditado recurso de aplicar á la doctrina de Krause epítetos y motes que, corriendo sin explicacion entre el vulgo, pero marcados con cierto tinte de impiedad, se han hecho sospechosos ante la opinion general de las gentes. Suponiendo que las afirmaciones de aquella doctrina tocantes á la religion revelaran sentido *panteista*,—cosa que ante todo debe probarse,—lo obligado era mostrar: primero, que la concepcion de Dios en sus relaciones con el mundo, significada en el vocablo, es falsa ó errónea; lo segundo, rectificar y corregir el error, sentando sobre sólidas bases la buena y verdadera doctrina. Pero lanzar la acusacion sin razonarla para atraer sobre el krausismo las iras de la turba multa ignorante, es proceder impropio de una persona tan culta y tan caballerosa como el Sr. Alonso Martinez. El *Panteismo* podrá ser un error, pero nunca un delito; y quien quiera que por laboriosa investigacion llegue al resultado de estimar puras sombras y fantasmas sin realidad todos los séres finitos, negándoles consistencia y sustantividad, independientemente del Sér absoluto é infinito, no sólo merece respeto, sino que hasta debe en justicia ser tenido por los que de otra manera piensen, como leal, sincera y profundamente religioso, siempre que en su vida se ajuste á los principios que su conciencia le haya revelado como verdaderos y salvadores. Lo verdaderamente irreligioso é impío es carecer de principios, pudiendo y debiendo haberlos alcanzado, ó proclamarlos con huecas palabras y contradecirlos con las obras.

¿Por qué sin ahondar lo bastante en el sistema

filosófico de Krause, y áun á sabiendas de que éste y sus discípulos combaten expresamente el *Panteismo*, el Sr. Alonso Martinez los llama *panteistas*, y prescinde en absoluto de demostrar el error que semejante concepcion entraña? Porque el juicio de cualquiera doctrina supone otra previamente formada, un ideal científico, un criterio á que someterla; y cuando ese criterio falta, hay que entregarse á las inspiraciones del momento, ó lo que es más grave, á las preocupaciones, á los fanatismos y á las intolerancias de las mayorías.

Verdad es que luego de haber aplicado al krausismo el epíteto de *panteista*, reconoce que «para esta escuela son igualmente falsos el *deísmo* y el *panteísmo*, y que á la afirmacion panteista *todo es Dios*, »sustituye esta otra: *todo es EN Dios*.» Pero sin reparar en la importancia de semejante distincion, única que puede librar de idénticas acusaciones á las primeras autoridades de la Iglesia católica (1), y tratando de suplir la falta de razones con una pretendida agudeza de ingenio, que quiere ser chispeante y hasta picaresca, resuelve la dificultad por tan cómodo y simple medio como éste: «Sea en »buen hora, dice; pero la ciencia, y sobre todo la »religion, no pueden reducirse á un equívoco, ni es »de suponer que el sistema krausista consista *sólo »en una preposicion*.» ¿Puede tomarse en serio tan original manera de discurrir y argumentar? ¿Habrá de ser necesario para discutir con el Sr. Alonso Martinez entrar tambien en explicaciones de Gramática elemental, determinar el valor de la preposicion en el discurso, como la palabra propiamente expresiva de las relaciones que median entre los conceptos, y hasta fijar cada una de las relaciones significadas por las diferentes preposiciones? Tales futilidades no valen ni el tiempo que se pierde en tratarlas; y si nosotros fuéramos tan aficionados á aplicar calificativos como el severo juez que le ha salido á Krause en este rio revuelto de injustificadas pretensiones, nos habríamos limitado á llamarlas *puerilidades*, por la inocente ligereza que arguyen, siempre, por supuesto, con todo el respeto debido.

Pero sea de esto lo que quiera, y dejando á un lado toda cuestion relativa á la legitimidad de los

(1) Multitud de frases de San Agustin, y sobre todo la tan conocida *In quo sumus, á quo sumus et per quem sumus*, tienen un marcado sabor *panteista*; pero la distincion que establece siempre entre Dios y el mundo, y su doctrina de la gracia, donde procura salvar á todo trance la libertad de la persona humana (lo mismo enteramente que Krause), han sido motivos suficientes para que nadie ose apellidarle *panteista*. Otro tanto decimos de innumerables frases, así de los evangelios como de los padres de la Iglesia, y sobre todo de la consagrada en el Catecismo tridentino de «que Dios está en todas partes por *esencia, presencia y potencia*.»

recursos empleados para criticar el pensamiento religioso de Krause, basta reparar en la vaguedad é indeterminación con que está redactado el discurso del honorable académico, la indecisión de sus afirmaciones, lo rebuscado y retórico de su forma, la falta de calor y vitalidad interna de la inspiración, las contradicciones en que abunda y el marcado carácter sensualista de las contadas conclusiones prácticas que contiene, para adquirir pleno y cabal convencimiento de que sobre ese desierto de pensamiento y de creencias se cierne aterradora y fatídica la sombra del escepticismo.

Leyendo atentamente cuanto dice á propósito de los estudios religiosos novísimos, reparando sólo en la dureza y acritud de sus cargos á los teólogos y filósofos modernos, cuya obra por lo errada é impía parece más bien engendro del propio Satanás que fruto providencial de la conciencia humana, tomaríasele por un neo-católico recalcitrante, intransigente, fanático. Pero afortunadamente esta marcada tendencia tiene al lado su contrapeso; y fijándose en sus protestas de «no pretender la resurrección de la Edad Media,» «de no intentar cortar las alas á la ciencia, ni sustraer á su escrutadora mirada los problemas de crítica y filosofía religiosa que agitan á nuestro siglo,» «ni negar á la razón *el derecho de juzgar á las religiones positivas,*» tendríasele por un libre pensador, emancipado enteramente de la Suprema autoridad de la Iglesia católica en materias de fe, y entregado de un modo absoluto á la única inspiración del propio pensamiento.

Entre estos dos extremos se mueve y desarrolla todo el contenido de su discurso. ¿Cómo, pues, había de juzgar rectamente y con unidad de criterio todo un sistema filosófico? ¿Cómo evitar de un lado la parcialidad y la injusticia, y de otro las afirmaciones heréticas? ¿Qué prueba más evidente de incredulidad y escepticismo? Importa, sin embargo, fijar los puntos más salientes en que este carácter se revela, para mostrar de un modo irrecusable el fundamento de nuestra apreciación.

Comiézase por reconocer á los científicos en las primeras páginas del discurso el *derecho sacratísimo* de la libertad del pensamiento, sin exigirles ni mucho ménos que renuncien á *la libre investigación filosófica*. Esta opinión implica por necesidad el convencimiento de que la libre indagación es el camino y procedimiento racional para llegar á la posesión de la ciencia, y si no envuelve la proscripción de la fe en su más ámplio sentido, lleva implícitamente consigo la obligada exigencia de someter á la razón y á su ordenado ejercicio las verdades y los principios de vida por la fe revelados. Y como esto viene á declararse á poco de haber sentado que «por virtud de la Reforma *el libre exámen* arrebató su cetro

al principio de autoridad, y que éste no recobrará en adelante su perdido prestigio, porque la historia, como los ríos, nunca vuelve atrás,» debe inferirse que aquella afirmación, traída sin precisa necesidad á cuento en discusión sobre asuntos religiosos, envolvía el propósito de demostrar á la generación presente, irreligiosa, descreída y atea, la necesidad de reanimar el ya casi extinguido fuego de las creencias tradicionales en el inextinguible foco de la razón y la conciencia. Pero nada más léjos en la intención del ilustrado disertante.

A renglón seguido, cuando todavía resuena en los oídos esa apología ultra-racionalista de la libertad del pensamiento, asoma recelosa la desconfianza en la virtualidad de las ideas para la dirección y práctica de la vida, aconsejando la circunspección y la templanza, poniendo prudentes cortapisas á la comunicación social de los resultados científicos, y temblando medrosa ante el peligro de que la fe religiosa padezca menoscabo—tan firmes son sin duda los cimientos en que esa fe descansa,—faltando con ella á la sociedad los resortes más poderosos para mantener *el orden público*. Es decir, que no se pide la completa inmunidad de las creencias religiosas reinantes porque se reconozca que son inmejorables é irreformables, ni tampoco porque se afirme la sustantividad de la religión, torpemente convertida en mecánico resorte de gobierno y garantía del orden social; sino que se sostiene la inmovilidad y petrificación de la creencia religiosa, «*porque infunde resignación al proletariado hambriento... y ahoga las tentaciones y calma las tempestades que la presencia del rico y los placeres del tujo levantan en su corazón, desgarrado por la miseria y agitado por la envidia y la concupiscencia.*» Dígasenos si después de esto es lícito permitir que se acuse de impíos á los que sólo pretenden la depuración y el ennoblecimiento del sentimiento religioso por los que rebajan el ministerio de la religión hasta el punto de crearla llamada á imperar exclusivamente sobre la ignorancia, la miseria y la servidumbre de las pasiones.

Este sentido sensualista, este criterio utilitario con que se hace descender á la religión de su elevada jerarquía, convirtiéndola de supremo fin de la vida en menguado instrumento de otros fines subordinados, constituye, por decirlo así, el alma del discurso, y se manifiesta bajo diversas formas en muchos de sus pasajes; pero en ninguno con tanta claridad y lisura como en aquel en que llega á declararse que «*la religión es ante todo el dogma, el símbolo, el misterio,*» no el profundo sentimiento de la Divinidad que funda la solidaridad universal, que une todos los seres y borra sus diferencias en la llama sagrada de la caridad y del amor, sino lo misterioso, lo desconocido, lo impuesto, las exte-

rioridades, el símbolo que se traga la idea, la áspera corteza que oculta lo sabroso del fruto, y la fe ciega, el fanatismo y la superstición que engendran el egoísmo, el gentilismo y la enemiga entre los hombres.

¿Cuándo ni dónde ha sido concebida y practicada la religión con ese criterio? Mientras el sentimiento religioso y la mística aspiración á asemejarse á Dios en la vida se ha mantenido vivo y vivificante bajo la sensible apariencia de los símbolos; mientras la religión en todas las revelaciones ha constituido un interno resorte de la conciencia, una ley para la conducta y un acicate poderoso para la realización del bien en el mundo; mientras la oración, las ceremonias y todas las manifestaciones del culto han cobrado su significación y su vitalidad en el íntimo santuario del espíritu, todas esas prácticas exteriores; aunque sin dejar de ser secundarias, han sido estimables y eficacísimas; porque hasta sin pensarlo y sin pretenderlo, han revelado siempre «lo divino, lo sobrehumano, un tributo respetuoso á una cosa más alta que el egoísmo individual, que nos corroe las entrañas (1).» Cuando, por el contrario, las creencias han muerto ó se han amortiguado en la conciencia de los pueblos, los símbolos, las oraciones y las ofrendas han degenerado por necesidad en vanas ritualidades, en ídolos sin consistencia ni estabilidad que vacilan y se derrumban al soplo de la duda más liviana, dejando desiertos juntamente los corazones y los altares.

Por esto los esfuerzos de los espíritus más sanos y bien sentidos que han llegado á reconocer la prostración en que yace hoy la conciencia religiosa de la humanidad, se encaminan unánimes á reanimar, despertándolo y espoleándolo, el sentimiento religioso, sin cuidarse en primer lugar de las apariencias y demostraciones exteriores, las cuales vienen luego por la lógica natural de las cosas, como la rica eflorescencia de la semilla arrojada en las almas y que germina ya á estas horas en multitud de círculos sociales.

Así entendida y practicada, no es la religión meramente fin y ocupación de una hora, ni de este ó aquel día ni momento, sino fin y santa devoción de toda la vida y de todos los instantes. Ni es tampoco la religión cosa que se traduzca sólo en el acto determinado de la oración y en las exigencias de un culto recargado de ceremonias exteriores, sino divino espíritu que debe de continuo alentarnos y penetrar hasta los más secretos y recónditos orígenes de nuestras acciones. Así es posible, así es necesario ser religioso en todas las esferas y relaciones del destino humano, en todos y en cada uno de

(1) *La Religión en la conciencia y en la vida.*—Conferencia ya citada de D. Tomás Tapia en la Universidad de Madrid.

los oficios y profesiones que cooperan á su cabal, orgánico cumplimiento. ¿A quién puede ocultarse que cabe ser religioso, por ejemplo, en el cultivo y realización del Derecho, y que deben serlo en su profesión respectiva el abogado como el científico, el magistrado como el legislador? Y haciendo aplicación aún á la más mecánica de estas profesiones, ¿no se muestra verdadera y profundamente religioso el abogado que aspira á procurar ante todo el cumplimiento del derecho en relación á todos los seres y para su bien, con miras universales, absolutas, y bajo el reconocimiento ó presentimiento de que es la justicia una propiedad y atributo divino, ante cuyo supremo valor debe ceder toda mira egoísta, parcial y utilitaria? ¿No se muestra por el contrario claramente irreligioso é impío en esa misma profesión el que, hollando la santidad de la justicia, negando su cooperación al designio providencial de Dios que quiere el bien de todas sus criaturas, apoya la sinrazón, defiende la injusticia, oscurece la verdad, utiliza el sofisma, pone en juego todo medio ilícito para conseguir el triunfo y se hace cómplice sin el menor remordimiento de las mayores iniquidades? ¿Cómo se pretende todavía posponer y subordinar este sentido íntimo de la religión á la servil y mecánica rutina de las prácticas exteriores?

Dos palabras no más sobre los restantes problemas suscitados en su discurso por el Sr. Alonso Martínez. Afirmar que el krausismo rechaza la idea de la pluralidad de mundos, como otras tantas viviendas humanas, es completamente inexacto; rechaza sí esa idea, entendiendo la palabra *mundo* como sinónima de *universo* ó *complejión orgánica* de todos los seres finitos; y con esta significación, hacemos al Sr. Alonso Martínez la justicia de creer que tampoco la admite. Lo que no acertamos á explicarnos es cómo y por cuál procedimiento ha llegado á admitir la compatibilidad entre las ideas teogónicas de la Iglesia católica y la pluralidad de mundos habitados.

Tampoco se nos alcanza cómo ha logrado concertar la libertad del pensamiento en materias de crítica y filosofía religiosa, que paladinamente proclama, con la absoluta necesidad de una Iglesia infalible, que del propio modo reconoce y sostiene. Mucho menos nos explicamos cómo puede compaginarse con las terminantes declaraciones del *Syllabus*—autoridad irrecusable para quien reconoce la necesidad de una Iglesia infalible,—la de que «no se puede negar á la razón humana el derecho de juzgar las religiones positivas,» sin incurrir *ipso facto* en plena y espantosa herejía. Y eso que nada queremos decir de otras que en el discurso abundan, como la de que Cristo rompiera al morir *el lazo que le unió pasajeramente á la carne*, y la no

ménos célebre de que el fundador de esta santa doctrina *pesara previamente* en su espíritu todas las malas pasiones que agitan el corazón de los mortales; las cuales son de tanto bulto, que la sencilla lectura del Catecismo habría bastado indudablemente para evitarlas.

En suma, pues, de todo resulta: que ni el puro espíritu cristiano, ni las doctrinas de los padres de la Iglesia, ni la filosofía cristiana en sus últimos ensayos, ni las extremas conclusiones á que ha llegado el catolicismo en nuestros días, sino una mezcla abigarrada de todos estos elementos en extraño contubernio con afirmaciones impregnadas de un sensualismo materialista, es lo que constituye el principio y la base de juicio en la crítica del sistema de Krause, intentada por el Sr. Alonso Martínez. ¿Qué prueba más evidente de la absoluta falta de criterio que ha presidido á su trabajo?

V.

La forma y aún el tono de las anteriores observaciones piden alguna explicación, de que no podemos creernos dispensados. Si revisten carácter un tanto personal, cúpese, no á nosotros, sino á la originalidad de las afirmaciones hechas en el trabajo que les ha servido de motivo; no se refieren ni enlazan éstas á ninguna marcada dirección del pensamiento; y habríamos cometido una verdadera injusticia achacando la responsabilidad de las mismas á una escuela determinada, cuando debe recaer única y exclusivamente sobre su autor. Si el tono pudiera parecer á primera vista acre y severo, repárese también, no sólo que lo merecía ya de por sí la inconsiderada y destemplada rudeza del ataque á una doctrina científica,—que por el hecho de serlo exigía otros respetos,—sino que además lo requería la circunstancia de venir un hombre como el Sr. Alonso Martínez* á echar en la balanza del juicio público el peso de su fama y de su reconocida competencia en otros asuntos, para despertar prevenciones contra un sistema filosófico, al que no puede acusarse de irreligiosidad sin notoria y premeditada injusticia, á ménos que quien así lo trate lo desconozca por completo.

Por lo que toca al valor intrínseco de la doctrina de Krause, nos reconocemos incompetentes para formular juicio alguno. Dos razones poderosísimas abonan, sin embargo, el entusiasmo con que se ha recibido, no en sus conclusiones dogmáticas, mas sí en la total inspiración de su pensamiento, y explican el profundo interés con que procuran determinar su inmensa trascendencia todos los que se preocupan del porvenir de la ciencia y del progreso de la humanidad.

Ha sido indudablemente la primera, la consideración de que, en medio de las innumerables opinio-

nes que se dividen hoy el imperio de las conciencias, sin que se vislumbre medio ni camino para dirimir la contienda de los opuestos bandos, urge poner en cuestión la posibilidad del conocimiento científico, y aprestarse á investigar consiguientemente si es posible en la ciencia la formación de un criterio común, valedero para todo tiempo y para todo hombre, sobre esta disolvente anarquía individual; que si ha constituido un gran bien por cuanto ha quebrantado los hierros que oprimían en dura servidumbre al espíritu, ha relajado sensiblemente todo vínculo divino y humano, y amenaza levantar como único principio de vida sobre tantas ruinas hacinadas el más grosero y execrable egoísmo. A esta cuestión gravísima, de cuya solución pende todo el complejo problema de la vida contemporánea, ha consagrado aquel ilustre pensador todas sus vigili-

De otro lado, y esta es la segunda razón con que puede explicarse la excelente acogida del sistema de Krause dentro y fuera de España (1), no es esta

(1) Ignoramos cuáles puedan ser las razones en que el Sr. Alonso Martínez se funda para afirmar que al presente la doctrina de Krause ha sufrido un eclipse. Respecto de su vitalidad en nuestro país, omitimos toda discusión; pues sobre ser bien conocidas las producciones de esta escuela y los nombres de las personas que la representan, se ha publicado no há mucho en Barcelona un trabajo de la índole del nuestro y por motivos semejantes, donde abundan cuantos datos puedan apetecerse. De los partidarios que esta doctrina tiene en el extranjero, no es posible formar una lista completa; pero los siguientes nombres, que han llegado á nuestra noticia, bastan para dar una idea del desarrollo que el sistema de Krause va adquiriendo en Europa:

Dr. Pablo Hohlfeld.—Profesor en el Instituto de segunda enseñanza de Neustadt.—Dresde.—Sajonia.

Dr. Hermann Liesche.—(Lo mismo que el anterior).

Teodoro Busch.—Calculador de la Corte.—Dresde.

Sr. Marquat.—Director.—Dresde.

Sr. Kunath.—Director.—Dresde.

Sr. Zimm.—Profesor oficial.—Dresde.

Sr. Kühn.—Inspector de Escuelas.—Dresde.

Señora directora Spann.—Leipzig.—Sajonia.

Señora Luisa Otto.—Editora del periódico *La Nueva Senda* y presidenta de la Asociación de Señoras.—Leipzig.

Señorita Augusta Schmidt.—Coeditora del periódico citado.—Leipzig.

Señorita Clara von Hacke.—Presidenta de un liceo de Señoras.—Dresde.

Sr. Schürer.—Profesor oficial.—Dresde.

Dr. Wünsche.—Profesor de la Escuela superior municipal de niñas.—Dresde.

Sr. Schwicker.—Profesor oficial.—Redactor del diario húngaro *Gaceta de las Escuelas*.—Buda.-Pest.

Dr. Schramm.—Redactor del periódico *La Inspección Alemana de las Escuelas*.—Munich.

Sr. Nostiz.—Profesor oficial.—Redactor del periódico *La Escuela Alemana*.—Siegen.

Clay Mac Caulay, predicador de los unitarios.—Bangkok. Estado del Maine.—Estados-Unidos.

Doctor en leyes Neokles Kasasis.—Profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Atenas.

Enrique Pessina.—Profesor de Derecho penal.—Nápoles.

doctrina, en la intencion de su fundador por lo ménos, una de tantas teorías que se satisfacen con responder á las primeras exigencias del entendimiento, preocupándose sólo de las necesidades intelectuales, y desestimando el aspecto práctico de la verdad y el sentido ético y moralizador con que debe ser siempre cultivada la ciencia, si ha de llenar su más alta mision de educadora y *maestra de la vida*.

Enlazándose así por esta doble relacion el pensamiento de Krause con todo el movimiento crítico de la filosofía en los tiempos novísimos y con aquel profundo sentido que tanto avalora la tendencia socrática en la antigua filosofía griega; abarcando en un sólo problema el *saber* y el *vivir* en su más íntima y perfecta compenetracion, nada tiene de extraño, ántes se comprende sin dificultad, el alto predicamento que esta doctrina alcanza, y el entusiasmo con que muchos espíritus se van libremente sometiendo á su benéfica y fecunda influencia.

Pero ¿quiere esto decir que los que en este sistema buscan solícitos direccion y enseñanza abdiquen de su propio pensamiento, acepten sin exámen todas sus conclusiones y se aperciban á enarbolar una bandera y á constituir una escuela ó un partido cuyos cerrados dogmas hayan de imponer despóticamente á todo el que pretenda militar en sus filas? No, en manera alguna. Contra este estrecho senti-

Sr. Todtenhaupt.—Comerciante.—Hamburgo.

Sr. Schroder.—Director.—Mannheim.

Dr. C. Selber.—Aicha en Bohemia.—Austria.

Schaffle.—Ex-ministro de Hacienda en Austria.

Hack.—Actual profesor de Ciencias políticas en Leipzig, en lugar de Ahrens.

Moddermann.—Profesor de Derecho penal en Leyden.—Holanda.

Kantz.—Profesor de Economía política en Pest.—Hungria.

Bassano Gabba.—Doctor en leyes y que ejerce en Milan.—Italia.

Esmarch.—Profesor de Derecho Romano en Praga.

Aegidi.—Ex-profesor de Derecho político y actual Consejero de legacion en Berlin.

Aparte otros muchos nombres ménos conocidos y que no copiamos para no hacer interminable esta lista, el profesor Laurent, de Gante; el profesor Ehrat, de la Escuela Normal de Marburg, en Steiermark; el profesor Chevalier, de Smichow y otros, parecen partidarios de las doctrinas de Krause, que en estos últimos años se han extendido mucho en Alemania y Hungria. Otra prueba de estos progresos es tambien el calor con que H. J. Fichte defiende las citadas doctrinas en su reciente *Carta al profesor Teller*; y otra prueba es tambien el hecho de que un particular de Dresde, el Sr. Dittrich, ha creado un premio de 1.000 marcos (5.000 reales) anunciado por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Jena para la mejor *Memoria* sobre la importancia de las doctrinas de Krause en su desarrollo histórico y teniendo en cuenta su influencia sobre la vida del espíritu en la actualidad.

¿Dónde está el eclipse, dónde la decadencia del krausismo, declarada tan lisa y llanamente por el Sr. Alonso Martínez?

do, verdaderamente gentil, que impera todavía en algunas direcciones del pensamiento, que reina soberano en la azarosa vida de nuestras parcialidades políticas, y que en la esfera religiosa ha acabado por sofocar toda iniciativa fecunda, pugna y se rebela el amplio y abierto y libertador espíritu de toda lá doctrina de Krause; que si se afana por hallar un criterio de verdad absoluto, de universal valor para todos los hombres, exige como primera condicion la interna libertad del pensamiento, y reclama que cada cual indague la verdad á que haya de prestar adhesion, sin someterse ciegamente á autoridades y criterios cuyo interno valor y consistencia no haya de antemano examinado y reconocido.

Si con el epíteto de *krausista*, por tanto, se quiere dar á entender que los así apellidados se inspiran en el propósito general y universales miras del fundador de esta direccion filosófica, ni vemos inconveniente en que se aplique, ni hay motivo para considerarlo sino como título honroso y testimonio de íntimo reconocimiento á los beneficios que en la esfera de la ciencia debe la humanidad á uno de sus hijos más esclarecidos. Pero si con la aplicacion del calificativo se pretende significar que los que le llevan son el *servum pecus* de una individualidad, cuyas afirmaciones constituyan otros tantos dogmas indiscutibles, irreformables y definitivos, protestamos contra tamaño ultraje en nombre de la dignidad de la conciencia, para quien es odiosa, condenable é ilegítima toda clase de servidumbre.

A. ATIENZA Y MEDRANO.

LA RELIGION DEL PORVENIR.

VIII. *

NECESIDAD Y POSIBILIDAD DE UNA NUEVA RELIGION UNIVERSAL.

La medida de la evolución religiosa necesitada por la situacion presente ¿se define por la *transformacion* de los elementos dados, ó por una *innovacion* que sustituya á las ideas reinantes concepciones esencialmente distintas?

Esta es la cuestion que se encuentra en el comienzo de nuestras investigaciones, y la conclusion de las consideraciones que preceden parece ser la de resolverla en el sentido del segundo término de la alternativa. El principio católico, que es el principio de autoridad, y el principio protestante de la negacion crítica de la autoridad, han sacado ya

* Véanse los números 150, 151, 152, 154 y 156, págs. 1, 39, 79, 135 y 201.

sus últimas consecuencias: el primero, en el cristianismo momificado del ultramontanismo, por el dogma de la infalibilidad, que es un reto lanzado á todo lo que la razon enseña, á todo lo que el desenvolvimiento de la civilizacion ha hecho prevalecer; el segundo, por la total disolucion del cristianismo positivo y por el enflaquecimiento de la religion, bajo cuyo nombre ya no existe más que una irreligion completamente mundana. En cuanto á los ensayos hechos para conciliar estos dos extremos igualmente inaceptables, son etapas que el protestantismo ha atravesado ya descendiendo por un plano inclinado y que el curso de la evolucion histórica ha dejado atrás: tratar de volver á ellas, sería colocarse delante de las ruedas de la evolucion lógicamente necesaria para retardarla, ya que no para hacerla retroceder.

La idea cristiana ha concluido su carrera. Esta idea está dividida en dos períodos; el primero, que comprende el cristianismo primitivo y el catolicismo hasta el florecimiento de la *verdad* cristiana bajo Tomás de Aquino; el segundo, que abraza el catolicismo en su decadencia y el protestantismo fatigándose en ensayos de conciliacion, útiles, lo reconocemos, pero inaceptables en principio.

El fin semeja admirablemente al comienzo, si nos mantenemos en el aspecto negativo, por la ausencia de un cuerpo de doctrina cristiana; sólo que los contenidos con que se llena el recipiente en ambos casos son muy diferentes: aquí la cultura moderna; allí, por ejemplo, el judaismo talmúdico de un Hillel. La ordenada de la curva cristiana ha llegado á ser igual á cero al fin, como lo era al principio, pero en esta ocasion la abscisa es otra muy distinta. Si el cristianismo comparte con otras religiones la concepcion pesimista del mundo y la necesidad de elevarse por la verdad metafísica por encima de este mundo y de su miseria, la idea fundamental, especialmente la cristiana, debe buscarse en la fe, en un redentor que cura del sentimiento de la culpa y en un mediador que opera la reconciliacion y la union con Dios; y la fe cristiana ¿qué es? la fe en Jesucristo como redentor y mediador. Pero si se ve en Jesus de Nazareth el hijo legitimo del carpintero José y de su esposa María, este Jesus y su muerte lo mismo pueden redimir mis pecados que el ministro Bismark ó el diputado Lasker, por ejemplo, y es mucho ménos apto aún para ser el mediador entre Dios y yo que el confesor católico, por ejemplo, cuya prerogativa no es una afirmacion en el aire, sino que la hace desprender del Hijo de Dios. Así, pues, la idea sobre la cual descansa el cristianismo se ha hecho caduca enfrente de la civilizacion moderna. Es posible que en el cuadro de un sistema religioso basado sobre un principio nuevo, lo que reste del cristianismo pueda invocar algunos títulos

para hacer que se le reconozca una significacion secundaria y auxiliar; pero este elemento es insuficiente en sí mismo para satisfacer la necesidad religiosa, sobre todo si permanece cerrado á la presuposicion indispensable de toda religiosidad, el pesimismo del cristianismo positivo. Mas aún cuando se conservase este factor, ó, por mejor decir, se le restableciera enfrente del optimismo protestante que encuentra el mundo delicioso y se congratula de la existencia, lo que se tendría no sería más que el fundamento, indispensable sin duda, del nuevo edificio religioso, y nada más; poseeríamos una concepcion del mundo la cual implique un alma de tal modo dispuesta, que la religion sea para ella una *necesidad* imperiosa; la poseeríamos en el mismo sentido que Budha, Jesus, San Pablo, San Francisco, Savonarola y otros la han poseido, y quedaría ante nosotros la cuestion de saber qué nuevo edificio religioso satisfaría á la vez la necesidad religiosa que nace de esta disposicion, y á la cultura moderna.

El intento de resolver este problema significaría la pretension de ser el fundador de una nueva religion. Esta pretension no tan sólo se halla muy léjos de mí por razones personales, sino que se encuentra ya excluida por la convicción objetiva de que ni la ciencia por su misma naturaleza, ni sus representantes, están llamados á tener una accion inmediata sobre el establecimiento de nuevas religiones. Históricamente es una verdad demostrada, y aparece tambien como una consecuencia de las relaciones que mantiene la religion con la ciencia, y de las cuales hemos hablado en otro lugar (cap. III). En los fundadores de religiones no se deben nunca á la ciencia los éxitos populares grandes y decisivos, sino al don de presentar de una manera intuitiva y figurada las ideas religiosas que se hallen en armonía con la época, y despues, á la autoridad de la persona que las representa. Mas, por otra parte, estos hombres no sacan de ellos mismos estas ideas que son lúcidas chispas, sino que las hacen salir del tesoro espiritual que constituyen en cada época las creencias populares y la ciencia. Entre estas ideas, que pueden venir á su conocimiento de un modo muy imperfecto, descubren algunas que se apoderan con fuerza de su sentimiento religioso, y comunicándolas en un círculo extenso, prueban el entusiasmo que son capaces de excitar; y aún cuando sea completamente necesario que las circunstancias del tiempo hayan dispuesto á las almas para recibir tales impresiones, es muy posible que hasta entónces el poder de estas ideas no haya sido percibido ó apreciado por otros. Esto nos ilustra sobre la clase de auxilio que la ciencia puede prestar á la aparicion de las religiones que no han nacido aún, pero cuya necesidad existe y va creciendo. Su

mision es trabajar con celo y lealtad, levantar su vuelo más vigoroso y profundizar más cada día á fin de ofrecer al porvenir una provision de ideas tan rica y tan preciosa como sea posible, donde pueda hallar el alimento de la nueva religion.

¿Es probable, en un porvenir próximo, que veamos surgir una fuerza creadora capaz de dar existencia y estabilidad á meras formas religiosas? Es muy difícil contestar afirmativamente á esta pregunta. ¿Quién ha podido apreciar la tenacidad y la fuerza histórica de resistencia inherentes á las formas religiosas que aún nos rodean? En nuestra opinion, sería estimarlas de un modo demasiado bajo el suponer que hoy, en que apenas si los exploradores del ejército protestante liberal comienzan á tener conciencia de las últimas consecuencias del principio protestante, la antigua creencia, considerada como religion de la masa, esté bastante gastada para que un viento religioso fresco y vivificante pueda barrerla. No olvidemos que en lo que se refiere á las luces adquiridas por la cultura, la masa se encuentra siempre algunos siglos más atrás del espíritu del tiempo. Aún se puede decir más. Supongamos que la evolucion haya llegado á tal punto; esto no sería una razon para que resultase necesariamente el advenimiento de una nueva creencia, pues bien podría suceder que el reinado de la antigua y el de la nueva fuesen separados por un tiempo de descanso más ó ménos largo, durante el cual se consumaría la putrefaccion de los viejos elementos, y el suelo sufriría una preparacion química favorable para la fertilidad del porvenir.

Por último, no es posible probar la imposibilidad de la tésis afirmando que en general no habrá ya novedad religiosa viable, aunque esta opinion sea tan extremada é inverosímil como la que afirma que la religion del porvenir se halla próxima. Aquella se apoya, es verdad, en el argumento plausible, en la apariencia de que la vida del alma contempla cómo se retiran de día en día los jugos nutritivos en provecho de la vida de la inteligencia, y que en particular las necesidades religiosas del alma se van constantemente debilitando. No obstante, se confunde aquí, en primer lugar, un hecho momentáneo con una tendencia evolutiva capaz de duracion, y despues, á esta tendencia, que es real en un sentido, se la da una interpretacion errónea en lo relativo á su incompatibilidad con la religiosidad y con el sentimiento general. Es muy cierto que la inteligencia reflexiva figura en primera linea en los progresos de la humanidad; pero, á la larga, cada adquisicion de la inteligencia ejerce sobre la esfera del sentimiento una acción que lo enriquece y que lo depura, y la lucha de la inteligencia con el sentimiento siempre se dirige exclusivamente contra el punto de vista del sentimiento legado por una fase

anterior del desenvolvimiento intelectual: no puede haber cuestion sobre el punto de vista que responde á la nueva fase de la inteligencia, el cual no puede formarse sino gradualmente despues de la destruccion parcial del antiguo.

¿Quién negará que el desenvolvimiento intelectual avanza por un impulso enérgico y constante? Es igualmente cierto que una nueva religion debe tener la razon por principio, cosa que los antiguos no tenían necesidad de hacer más que como tarea secundaria. ¿Pero se sigue de esto que la necesidad religiosa debe borrarse por un largo período? No; por lo ménos en tanto que el pueblo no esté imbuido de la ciencia abstracta en el sentido estricto, y no es de esperar que lo esté jamás.

Por el contrario, la concepcion pesimista del mundo, en la cual la necesidad religiosa repara diariamente sus fuerzas, no cesará de fortalecerse y de extenderse, puesto que, cuanto más se multiplican los medios de que la humanidad dispone para hacerse la existencia agradable, más se convence de la imposibilidad de superar de este modo la angustia de la vida y de alcanzar la felicidad, ni siquiera la satisfaccion. Un período ascendente de las cosas humanas puede ser optimista en tanto que alimenta la esperanza de encontrar la felicidad al fin y gozar de ella; mas en el instante en que el objeto se alcanza, el pueblo que lo ansiaba percibe que no ha progresado en la felicidad y que han aumentado las necesidades que le roen y le atormentan. Así, el optimismo es siempre un intermedio en las naciones que se hallan en medio mismo del vértigo mundano; mas el pesimismo es la disposicion profunda de la humanidad que se conoce, y cada vez que termina una época de movimiento mundano aparece con doble energía. Esperemos, pues, que la aspiracion del hombre á superar la miseria de este mundo, lo cual no puede realizarse sino por la idea y en la esfera de la conciencia, se haga sentir con una intensidad cada vez más señalada á la conclusion de los períodos en que el mundo, por decirlo así, ha celebrado sus triunfos, y en que los intereses terrenales lo han absorbido todo, y la cuestion religiosa sea la más importante de todas cuando la humanidad haya alcanzado todo lo que puede alcanzar de civilizacion sobre la tierra, y haya abrazado de un golpe de vista toda la miseria lamentable de esta situacion.

Al mismo tiempo que la ciencia da comienzo al trabajo preparatorio para el edificio que ha de habitar la religion del porvenir, no se le puede censurar el que examine los elementos de su fortuna actual, y trate de inquirir qué ideas son las que tienen probabilidades de ocupar en el porvenir el sitio de las ideas cristianas, y de fundirse con los restos de aquellas que no estén condenadas á desaparecer.

No es posible ocultar, sin embargo, que esta orientación está limitada por el estado actual de los conocimientos. El mejor modo de entrar en materia será arrojar un golpe de vista general sobre las principales religiones, con el fin de desentrañar su significación histórica; y esta consideración tendrá por resultado el demostrar una tesis que, por otra parte, corresponde al estado actual de las relaciones entre las naciones del globo, y es, que la religión del porvenir, para llegar á ser religión universal, debe representar la *síntesis* de la evolución religiosa del Oriente y de la del Occidente, de la evolución panteísta y de la evolución monoteísta: sólo con esta condición podrá satisfacer á la vez las necesidades religiosas y las necesidades intelectuales de la época moderna.

El rápido bosquejo que irá á continuación atestiguará lo que la ciencia ha podido encontrar con toda su riqueza actual en lo referente á materiales que puedan servir á los fines de la religión. Este ensayo no tiene de ningún modo la pretensión de trazar á la religión del porvenir el camino que debe seguir; pero, á lo ménos, se esfuerza en romper con la opinión antifilosófica que mantiene el dualismo de los cristianos y de los paganos, y con un cosmopolitismo exento de preocupaciones, en conceder sus derechos respectivos á las civilizaciones que nada en apariencia une ni pone en relación: la civilización india y la de los países que baña el Mediterráneo, á fin de abrir la perspectiva del encuentro futuro de estas grandes corrientes religiosas que han de correr en adelante por un solo lecho. Sólo así adquiere verdadero sentido la historia universal, aún cuando no se entienda ordinariamente bajo este nombre más que la historia de la mitad occidental del antiguo mundo, dejando á un lado la civilización del Asia central, reducida de este modo á ser nada más que una quinta rueda del carro de la historia. Lo que nosotros vamos á considerar, pues, no es la religión del porvenir en sí misma, que una espesa niebla oculta á nuestras miradas, sino las piedras de construcción que proporcionan la historia, la religión y la filosofía, de las cuales nos parece que será posible sacar partido para dotar de una religión al porvenir de nuestra raza.

EDUARDO HARTMANN.

(Concluirá.)

LOS ORADORES DEL ATENEO.

DON MIGUEL SANCHEZ.

Cierta noche, y en ocasión en que el Sr. Sanchez pedía la palabra, oímos decir á nuestro lado: «Este señor cura padece una equivocación; se dirigía á San Luis y entró distraído en el Ateneo.»

No es exacto, sin embargo, lo que el mordaz interlocutor trataba de significar. El Sr. Sanchez (ó el Padre Sanchez, que así es como más generalmente se le conoce) nada tiene de orador sagrado, si no es cierta pastosidad de voz y melifluidad de tono, y el empleo de algunas frases, como las de mansedumbre por humildad, misericordia por compasión, y otras tales que trascienden de una legua á púlpito.

Por lo demás, ¿quién podrá dudar que el Sr. Sanchez abandonó totalmente las formas arcaicas de la Cátedra Santa para aceptar con amor la nueva fase de la apologética católica? No se trata ya de hinchadas é indigestas pláticas, sembradas de místicos ejemplos donde Satanás juega por lo común papeles de melodrama, de símiles bíblicos y latines macarrónicos, no; la moda, que todo lo invade, como me propongo demostrar en ocasión propicia, se ha introducido por la mohosa cancela de las cátedras y ha sugerido á los defensores de la verdad católica nuevas y radicales reformas en su piadosa estrategia. La Iglesia había poseído hasta ahora santos padres, doctores y mártires; pero carecía de guerrilleros de la palabra, y los tiempos actuales se los ha suministrado.

Los modernos paladines del Catolicismo no se aperciben á la batalla, como los antiguos, demandando al cielo fuerzas en medio de fervorosas oraciones y áspera penitencia, sino que afilan su lengua en las peleas del Seminario, y adiestran su pluma en las turbulencias del periodismo candente. Los apóstoles é iluminados de otros días, son actualmente polemistas irascibles y batalladores; los que fecundaban ántes con su preciosa sangre los campos de la religión, riegan con bilis hoy la arena del debate. Los apologistas católicos se creen en el deber de aceptar las condiciones en que hoy se les ofrece la lucha, y mantienen en tensión constantemente el arco que tiene aparejado el dardo del sarcasmo ó del ultraje.

El Sr. Sanchez ha entrado de lleno en los derroteros de la nueva apologética: no pertenece á la escuela de San Anselmo y San Bernardo; pero, en cambio, es discípulo aprovechado de Luis Veuillot. Hace bastantes años que esgrime su palabra, sutil y revoltosa, en el Ateneo de Madrid, si bien ha padecido un prolongado mutismo, ocasionado, á lo que parece, por la suspicacia clerical. No merecen los

hombres de batallas las luchas en que interviene, porque no entra en sus miras presentar el pecho al enemigo, pero sabe preparar con destreza una emboscada y evitar los más certeros golpes. No páramientos jamás en las doctrinas, sino en la persona que las representa, y á ella asesta desde luégo sus malignas estocadas. El Padre Sanchez entiende que la discusion es un pugilato donde el laurel de la victoria debe adjudicarse al que más aporrea á su adversario.

Es un polemista escabroso; un defensor audaz del antiguo régimen; tiene bastante nervio dentro del género especial de su oratoria, y maneja con éxito ese estilo, ora místico, ora volteriano, que por medio de intencionadas burlas é incesantes sarcasmos pretende inculcarnos el amor de Dios y del prójimo.

Cuando escuchamos las picantes alusiones, las sangrientas diatribas con que el P. Sanchez maltrata á sus adversarios políticos, nuestro pensamiento se remonta sin darnos cuenta de ello á los primeros tiempos del Cristianismo; y contemplamos la figura apacible del Redentor, y escuchamos la dulce y persuasiva voz que nos ordena amarnos los unos á los otros; y vemos tambien sobre el fuste mármreo de una columna á aquellos ejemplares varones que salieron del mundo vivos en fuerza de mirar al cielo. ¡Oh santos Estilitas! ¡Cuántas veces se hubiera desplomado el P. Sanchez de vuestra memorable columna; él que tan fijos tiene sus ojos en la tierra!

La verdad de todo es que estos detractores irreconciliables de la revolucion, son en el fondo espíritus revolucionarios. Compárese, si no, la forma en que el Cristianismo se difundía en sus primeros tiempos con el método que hoy adoptan sus apóstoles para esparcirlo por el orbe, y se notará con claridad la profunda revolucion que en su modo de ser y de propagarse se ha operado. Bajo este sentido, el padre Sanchez es un demagogo del apostolado, un descamisado del catolicismo; su temperamento no le llevará seguramente al desierto á vivir con raíces y frutas y á gozar de los inefables misterios de la soledad y del éxtasis, ántes bien, le arrastrará constantemente hácia el choque ruidoso y apasionado de las ideas, hácia la invectiva, hácia la sátira; es un fanático del pasado con instintos y lenguaje democráticos.

Con estos procedimientos irrespetuosos, con esta fecundidad de invectiva y esta agudeza que le caracterizan, el orador católico logra despertar en alto grado la curiosidad del auditorio. En España nada hay que nos regocije tanto como oír en la calle unos tiros ó una desvergüenza; estamos ávidos de sensaciones fuertes; la monotonía nos causa terror; queremos, en una palabra, divertirnos. Y hay que convenir en que nada más divertido que las filí-

picas con que el P. Sanchez flagela á los enemigos del absolutismo. No extrañe, pues, que en la sala del Ateneo se espere un discurso suyo con la risueña impaciencia con que en el teatro se aguarda en pos de un drama un sainete.

De este modo, con las armas de la ironía, con las donosuras del gracejo, con los excesos de la pasion, quiere servir nuestro orador al catolicismo sin comprender que lo rebaja al nivel de secta tumultuosa y alborotada. Esto equivale á servirse de la religion como de un estandarte bajo cuyos pliegues se lanzan al combate todos los ímpetus del sectario, todas las genialidades del carácter y los rencores todos del espíritu. Nuestra conciencia nos dice que servir á la religion con tales armas es desnaturalizarla, y el imponerla una absurda solidaridad con el ideal absolutista es comprometerla gravemente.

No ofrece duda que en los tiempos en que vivimos, cuando las ideas chocan con estrépito en medio de una incesante discusion, y se ponen en tela de juicio las bases fundamentales del catolicismo, es no tan sólo un derecho sino tambien un deber de los creyentes el acudir con presteza á su defensa. Lo que lamentamos no es que los escritores y oradores católicos intervengan en la controversia, sino que se mezclen en los ardores y desmanes que la pasion produce siempre, quedando al mismo tiempo apartados de los altos y serios debates que ha suscitado la crítica contemporánea.

El Sr. Sanchez, á pesar de cuanto llevamos dicho, no es un orador católico á la moderna, en la acepcion más completa de la palabra. Fáltale para esto una condicion esencial, la de ser lego, jóven y bien quisto de las damas. No pertenece á esa falange inquieta de fogosos mancebos que constituyen hoy la policia de la Iglesia, y que, juzgándose intérpretes únicos de la voluntad divina, vilipendian á cuantos desconocen su autoridad en materia de fe, de costumbres y de literatura.

Su carácter sacerdotal le impide afectar ese buen tono y exquisita cortesania en la intemperancia misma que tanto brillo comunica á los apóstoles con bigote y rizada cabellera.

El paso por el seminario, segun ha hecho observar un ilustre escritor de esta época, imprime un sello de tal modo indeleble, que ni el cambio más radical en las opiniones y en los hábitos alcanzan á borrarlo. Calcúlese, pues, qué claro se verá este sello en el señor Sanchez, cuando ningun cambio se ha operado, ni esperamos que se opere, en sus concepciones mundanas y extramundanas. Cuando se le ocurre discutir alguna doctrina (lo cual repetimos que rara vez acontece), saca todo el arsenal de argucias y sofismas con que le abastecieron en sus juveniles años los maestros de la escolástica. Si se le cita un hecho que perjudica á la doctrina que

sustenta, lo niega; si se le demuestra, *distingue*; y cuando los distingos no bastan, replica: «...más eres tú». Manifiesta gran predilección por la historia, pero la historia del Padre Sanchez no es historia, sino una especie de cámara oscura, muy oscura, donde todo se ve cabeza abajo. A tal inclito varón cuya memoria honra la humanidad desde largo tiempo, se le ve, terriblemente ataviado con cuernos y rabo, comerse los niños crudos; á tal otro bellaco que en su vida ha hecho más que picardías y ruindades, se le contempla por arte de encantamento transformado en santo. Profesa, en cambio, una aversión casi sagrada, por lo inmensa, á la poesía. Se comprende bien. Los poetas son los profetas de nuestra edad, y el Padre Sanchez es todo lo contrario de un profeta. Tan léjos lleva nuestro orador esta aversión, que todo cuanto de malo encuentra en los discursos de sus contrarios no es más que poesía, pura poesía, como él dice afectando el más profundo desprecio. Los dedos se le tornan poetas. ¡Un día se le ocurrió llamar poeta al Sr. Figuerola!

En lo referente á la demostración de las ideas, profesa este orador ideas muy singulares. La prueba de que una idea es verdadera, no consiste para él en que sea rigurosamente lógica y se imponga desde luego al espíritu como cierta. Precisa que vaya acompañada además de un texto donde se apoye, cuyo texto deberá citarse en toda regla, esto es, con la página, capítulo, libro, edición, archivo, etc. Él así lo practica; mas oí decir en los pasillos á un sujeto (probablemente aquel mismo socio mordaz que cierta noche le llamaba señor cura), que el padre Sanchez es una verdadera especialidad en la invención de citas. No creo que esto pase de chuchuleta.

Sea de esto lo que quiera, con tales maneras y otras parecidas, el Padre Sanchez no convence á nadie, pero logra excitar la hilaridad del auditorio, y bien conocidas son las deferencias y respetos que en nuestro país se guardan á quien se da bastante maña para hacernos pasar un rato divertido.

Una observación para terminar. El género agresivo y picante de la oratoria del Sr. Sanchez, más que á la condición de su carácter, cuya nobleza y sinceridad reconocemos, responde á las tradiciones constantes de la escuela en que milita. Sirva esto de alivio y descargo para lo que se halle de acerbo en nuestra censura.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

LA GLORIA DE ROMEA.

(HOMENAJE Á SU MEMORIA.)

En aquella ciudad noble y hermosa
Que tendida á la margen del Segura
Sobre ameno verjel duerme ó reposa,
Despuntó de su vida el alba pura.
Dióle el númen la llama portentosa
Que para el vate espléndida fulgura,
Y del númen, al par, copió su acento
Los tonos mil del vario sentimiento.

Y en esta villa cuyo linde baña
Del claro Manzanares la corriente;
En esta villa insigne, honor de España,
Capitolio del genio prepotente;
Como soldado fiel muerto en campaña
Tras luengos años de luchar ardiente;
Salvando su renombre del olvido,
De perpetuo laurel murió ceñido.

¡Y cómo, entre lisonjas y favores,
El alma fuerte conservó serena,
Hollando abrojos y cogiendo flores
Por este campo de la patria escena!
¡Aquí donde entre aplausos y loores,
Con imperiosa voz, de magia llena,
Sin vacilar en su feliz camino,
Trazaba al arte rumbo peregrino!

Á su ingenio creador todo cedía,
Pues lo mismo valió para su fama
De la dulce Comedia la alegría
Que la tristeza del amargo Drama.
Intérprete veraz en él tenía
Toda humana pasión que al pecho inflama:
El placer y el dolor se le rindieron,
Y risa y llanto sus esclavos fueron.

Egregio artista, del poeta hermano
Supo inmortalizar bellas ficciones
Y compartir el triunfo soberano
De cien poetas, ínclitos varones.
Mas ¡ay! si por mi mal codicio en vano
Del genio aquel narrar las perfecciones,
Breton, Gil, Hartzenbusch, Eguílaz, Vega,
Digan lo que á mi voz decir se niega.

Sentido trovador á quien el estro
Su fuego dió que el entusiasmo inspira,
En dulce gaya ciencia fué maestro
Que pulsar desdeñó pagana lira.
Cantó con el laud del siglo nuestro
La Fe que siempre caridad respira,

Y subyugando á su cantar las almas
Tambien arrebató lauros y palmas.

¡Oh patria de mi amor! Tú que la historia
Pueblas de hazañas, para más honrarte
Graba con oro, en páginas de gloria,
Los ledos triunfos de la paz y el arte.
Y pues la fama encumbra la memoria
Del varon de quien debes ufanarte,
Sin que lo esquives porque yo lo pida,
Sé con tu aplauso madre agradecida.

ANTONIO ARNAO.

CRÓNICA MUSICAL.

La Academia de Bellas Artes y la seccion de Música de la misma.—El discurso del Sr. Arrieta.—Proyecto de organizacion oficial de la enseñanza de la música.—La ópera española.—Documento notable.—Proteccion al teatro lírico español.—Las novedades del dia.—Un director de orquesta español.—Un libro de Offembach.—Esmeralda Cervantes en América.—Concierto sacro con música bufa.—Detalles de la nueva obra de Gounod.

Tarde venimos á dar cuenta á los lectores de la REVISTA EUROPEA de la solemnidad artística verificada en la Real Academia de Bellas Artes con motivo de la inauguracion de sus tareas en el presente año; pero, con más ó ménos oportunidad, no podemos prescindir de llamar la atencion de todos los que se interesen por el esplendor del arte musical hácia el notable discurso del Sr. Arrieta, encargado este año de llevar la voz á nombre de la Corporacion, y que, como académico de la seccion de Música y en su cualidad de director del Conservatorio y de maestro distinguido, ha consagrado á la música su discreta peroracion, señalando los cuatro puntos importantes que, en su concepto, necesitan reforma, proteccion ó criterio desapasionado y tranquilo, para que el divino arte llegue á ser lo que debe ser. Estos cuatro puntos son: 1.º, necesidad de generalizar cuanto sea posible la enseñanza musical en España; 2.º, conveniencia de poner coto á los abusos que se cometen en la eleccion y ejecucion de obras en las funciones de Iglesia; 3.º, proteccion á los espectáculos lírico-dramáticos españoles; y 4.º, conveniencia de que terminen las luchas violentas entre tradicionalistas y partidarios de la música de Wagner.

Vamos á hacer algunas, aunque ligerísimas, observaciones sobre dos de estos puntos, dejando los otros dos para ocasion más oportuna, que no dejará de presentarse seguramente con motivo de cualquier acontecimiento artístico. Para apreciar bien el carácter de la lucha entre wagneristas y melodistas se necesita más tiempo y espacio del que hoy podemos conceder á esta Crónica; y en cuanto á los abusos que se cometen en la eleccion y ejecucion de obras musicales en las iglesias, ó son de tan poquísima importancia que no merecen ocupar la atencion, ó revisten tal gravedad, que sólo puede tratarse de ellos con conocimiento exacto, que por nuestra parte no tenemos, y que el Sr. Arrieta no detalla.

No tienen menor importancia ni son más fáciles

de tratar ligeramente los puntos referentes á la organizacion de la enseñanza musical y á la proteccion que necesitan los espectáculos líricos españoles para que pueda nacer la ópera nacional; pero como son asuntos más vitales indudablemente, en la época presente, para el desarrollo del arte en nuestro país, y requieren una insistencia casi diaria si se ha de obtener resultado en un porvenir más ó ménos lejano, deben aprovecharse todas las ocasiones de poner de manifiesto su estado actual y los medios que pueden emplearse en beneficio del arte.

Así lo ha hecho el Sr. Arrieta, cumpliendo como bueno, en los dos puntos á que nos referimos, y así debemos hacerlo nosotros tambien en nuestra modesta esfera, y con tanta más facilidad en esta ocasion, cuanto que no tenemos más que seguir al ilustrado académico en sus consideraciones.

La música tiende hoy á dilatar poderosamente sus espacios, dice con razon el Sr. Arrieta, á medida que van cundiendo por la sociedad sus inmensos beneficios; pero esos espacios, añadimos nosotros, serán siempre muy reducidos en España si no se organiza de una manera general y metódica la enseñanza musical. En todos los países del mundo se atiende regularmente á esta necesidad; pero en España, si se exceptúa el Conservatorio, carecemos por completo de academias y escuelas oficiales que puedan servir de norma y estímulo á la enseñanza particular. Necesitase una bien combinada y generalizada enseñanza oficial de la música; y á indicar sus ventajosos resultados al Gobierno tendía, sin duda alguna, la exposicion que, á propuesta de la seccion de Música, elevó al señor ministro de Fomento la Academia de Bellas Artes en Julio de 1875. El Sr. Arrieta inserta al final de su discurso el expresado documento, y se limita á llamar la atencion sobre él y á desear para nuestro país varios Conservatorios pródigamente dotados y escuelas admirablemente organizadas para la enseñanza musical, como existen en Italia, Francia, Bélgica y Alemania. Naturalmente, la mision del Sr. Arrieta no era hacer un estudio detenido del asunto, y no pueden exigírsele por ahora más que estas indicaciones; pero en la esfera particular, y haciendo uso de su bien cortada pluma, esperamos que expondrá y desarrollará sus ideas en este punto para dar autoridad á todas las gestiones y trabajos que particularmente puedan ayudar á la gestion oficial de la Academia. Esta, sola, nos parece insuficiente, no por única hasta ahora, sino por limitada y hasta vergonzante. No sólo no formula la Academia un proyecto ó un plan detallado, como creemos que deben hacer las Academias oficiales en los asuntos de su especial instituto, sino que repite, en varios puntos de la exposicion, que los apuros del Erario harán quizá imposible la organizacion que se desea (no queriendo por lo visto dejar esta apreciacion, como era natural, á los ciegos de Francia; dispénsenos el Gobierno esta vulgar comparacion); y hasta las pequeñas indicaciones que hace, recomendando que se establezca el estudio de la música en la primera y en la segunda enseñanza, las invalida al final diciendo que, á causa de los apuros del Tesoro, puede limitarse por ahora el Gobierno á establecer la enseñanza musical en las escuelas normales de maestros y maestras, es decir, en ménos establecimientos que capitales de provincia, porque no todas tienen escuela normal.

Cualquiera podría creer, en vista de esto, que la Academia de San Fernando era la especialmente en-

cargada de la administracion del Erario, si no supiera todo el mundo que la primera y segunda enseñanza se sostienen en España por los ayuntamientos y diputaciones provinciales, cada una de cuyas corporaciones contribuiría con facilidad á la parte que le correspondiera sin apuros para el Tesoro.

No creemos nosotros, como propone la Academia para cuando el Tesoro público se encuentre más desahogado (¿cuando será esto?), que la enseñanza musical deba llevarse á la primera y á la segunda enseñanza, como no creemos que los pobres maestros de escuela deban ni puedan enseñar la pintura ó la escultura. Por el contrario, creemos que la enseñanza, más ó ménos elemental, de las Bellas Artes, debe residir en escuelas y academias especiales que, formando entre sí una vasta y bien pensada organizacion, puedan subvenir á las cada vez más urgentes necesidades artísticas de nuestro pueblo. Pero, de cualquier modo que sea, ¿podrá creer nadie que la misión de una Academia de Bellas Artes, en cuyo seno han entrado hace algun tiempo doce ilustradísimas personas para constituir la seccion de Música, sea la de dirigir al Gobierno recomendaciones tan pálidas, tan temerosas y tan desautorizadas, por lo limitadas, como las contenidas en el documento á que nos referimos? Sea la que quiera la opinion de la Academia ¿cabe exponerla en la formá de un dictámen tan poco expresivo y como quien sale de un compromiso, y sin interes verdadero en el éxito de su opinion? No queremos hacer comentario sobre este hecho; lo disculpamos por la falta de costumbre que en tareas académicas debemos suponer en los que componen la seccion de Música, como nuevos que son, y quizá tambien por la inercia inveterada que en España domina en las cuestiones artísticas en general y en las musicales en particular; pero indicamos con franqueza y claridad nuestra opinion en este punto, porque creemos que tal es nuestro deber.

Al consignar con mucha oportunidad y justicia el Sr. Arrieta el estado de abandono en que se ha encontrado y se encuentra el espectáculo lírico-dramático español, hace referencia igualmente á otra exposicion que en Junio del año pasado dirigió la Academia al señor ministro de Fomento, solicitando el planteamiento de la ópera española con arreglo á las bases que se indicaban. Este es el punto que con más extension trata el Sr. Arrieta en su discurso; y por cierto que sólo tenemos plácemes y felicitaciones que dirigirle, no sólo por el acierto con que lo expone, sino tambien por la rápida ojeada que echa sobre el proceder que han observado otras naciones tocante á la ópera nacional.

«En España, dice el Sr. Arrieta, no hemos llegado aún; por desgracia, á comprender todo el valor artístico é industrial que encierra este hermoso espectáculo, como supieron comprenderlo tiempo há las naciones ilustradas que lo tienen establecido; y preciso es confesar que si hemos conservado el entusiasmo por la ópera nacional, somos deudores de ello, en gran parte, á distinguidos publicistas que siempre han puesto al servicio de tan buena causa sus bien cortadas plumas, y á la juventud ambiciosa de gloria alentada por sus maestros y por sus admiradores y amigos.

»Las cruzadas levantadas para la gran conquista que el buen nombre de la música española reclama, han sido muchas y dignas de aplauso; y aunque todavía no se han podido reunir para entrar en

combate ni grandes recursos ni fuerzas auxiliares, no por eso se ha cejado en la lucha.

»Han tenido lugar combates parciales dignos de honrosa distincion.

»La opinion pública, más propensa en nuestra tierra á denigrar que á ensalzar á los compatriotas, ha hecho muy poco ó nada en pro del gran pensamiento.

»Todos aquellos que han acometido la creacion de la ópera española, han visto siempre fallidos sus intentos.

»Una brillante pléyada de jóvenes compositores, y algunos profesores, artistas y aficionados, llenos de fuego patriótico, hicieron no há mucho tiempo inútiles esfuerzos y supremos sacrificios para llevar al anhelado puerto la combatida nave de la ópera española. Parece que la indiferencia y la ignorancia han erizado de escollos el mar borrascoso que ha de surcar nuestro arte en la patria de Salinas y Morales.

»Los que se propusieron crear y desarrollar la zarzuela moderna, fueron más afortunados en su bizarro empeño. Unos por su feliz iniciativa, y otros por el indisputable mérito de sus primeras obras, que elevaron el crédito del espectáculo popular á grande altura, son acreedores á la consideracion de todo español que sienta latir en su pecho el amor de las glorias patrias.»

Después de una ligera reseña de las vicisitudes por que ha pasado en España la ópera cómica, ó sea la zarzuela, el Sr. Arrieta, al consignar una frase del antiguo crítico Sr. Vélaz de Medrano, dice que en la armonía que reina en España entre el teatro italiano y el lírico-español, si se alude á la proteccion que el Estado dispensa á los espectáculos musicales, el italiano es el Benjamin y el nuestro es el desheredado. ¿Podrá conformarse con semejante reparto de bienes ningun español verdadero? Tiene razon el Sr. Arrieta.

«Viva en buen hora próspero y feliz el teatro Italiano, donde se ejecutan las obras maestras de los grandes compositores, que esto importa mucho al Arte; pero abriendo tambien sus puertas al espectáculo nacional.

»Es muy duro, si bien se considera, que mientras nosotros carecemos hasta de hogar en que pueda cobijarse nuestra Opera, y de medios con que sostenerla decorosamente, disfrute la extranjera privilegios que aseguran su vigorosa existencia.

»La numerosa y creciente clase de jóvenes y distinguidos compositores, los profesores de orquesta, los cantantes, los cuerpos de coros, todos, todos cuantos componen la gran familia filarmónica española, piden con justicia que la madre patria no los abandone por más tiempo, que los trate siquiera con el amor que trata á los extraños.

»¿Qué contraste tan singular forma el desden con que en España se mira todo lo referente á la Opera nacional, con lo acontecido en Bayreuth el verano último con la Opera alemana!

»Aquí, dos jóvenes de gran talento, de imaginacion meridional, llenos de fe, de entusiasmo y de abnegacion, después de luchar con todo género de dificultades, logran poner al cabo en escena, con cuatro malos ensayos y cuatro trastos viejos, una Opera española en *un acto*, cada uno.

»Allí, con la proteccion de Emperadores y Reyes, de Princesas y Condesas, y con la cooperacion de los primeros artistas de Alemania; con teatro hecho á la medida de la obra, y maquinaria, decorado,

trajes y juegos de luz, aguas y brumas, etc. etc., que han asombrado al mundo, después de largas temporadas de ensayos, ejecutan una monumental *teatralogía* en doce actos.

»Todo es aquí penuria y menosprecio.

»Todo allí abundancia y consideraciones.»

Como se ve, el Sr. Arrieta tampoco emite idea alguna concreta sobre los medios que pudieran emplearse para llegar á la anhelada meta de la Opera española; pero tampoco le hacemos un cargo por ello: la inauguración de un año académico no consiente estudios y trabajos más propios de la prensa ó de las tareas de las sesiones ordinarias y privadas de la Academia. Pero, á falta por ahora de la opinión particular del Sr. Arrieta, que ya conoceremos más adelante, pues por su posición, por su talento y por su entusiasmo artístico, ha de marchar siempre en la vanguardia de los desinteresados soldados de la Opera española, veamos la opinión de la Academia de Bellas Artes, consignada en esa exposición al ministro de Fomento á que más arriba nos hemos referido, y cuyo documento se inserta igualmente al final del discurso del Sr. Arrieta.

Suma complacencia tenemos en consignar que en nada se parece esta nueva exposición á la relativa á la enseñanza musical. Expresión clara y detallada de la mayor parte de las razones artísticas, patrióticas y económicas que militan en favor de la protección del Gobierno á un teatro lírico-español; consideraciones de equidad administrativa que aconsejan una solución práctica en este asunto; pruebas palmarias y palpables; de todo se encuentra en el documento, que es ciertamente un modelo de lo que deben ser dictámenes académicos de esta clase. No podemos ocuparnos hoy de las poderosas razones que aduce, ni de la verdadera pintura que hace de los privilegios que goza la ópera italiana en España; tiempo tendremos de hacernos cargo de ello cuando llegue el momento de la discusión pública de todos los medios propuestos. Hoy nos basta consignar la parte concreta de las proposiciones de la Academia, que dice así:

«1.º En el teatro Lírico Nacional se establecerá la Opera Española, cuyas representaciones alternarán con las de Zarzuela, no bajando de cuarenta las de aquel género durante la temporada, que comprenderá siete meses, desde 1.º de Octubre hasta fin de Abril.

»2.º Los requisitos indispensables para la Opera nacional, consistirán en que el asunto, el libro, el poeta y el compositor sean españoles, pudiendo constar las obras de uno ó más actos. La ejecución deberá encomendarse á artistas españoles de reconocido mérito, sin excluir por eso á los extranjeros que reúnan condiciones para su buena interpretación.

»3.º En cada temporada habrá de estrenarse un número de óperas que en totalidad compongan nueve actos por lo ménos.

»4.º Una comisión, compuesta de tres compositores y dos poetas, cuidará, tanto de la admisión y ejecución de dichas obras, cuanto del exacto cumplimiento de las condiciones que se estipulen en la subasta con la empresa teatral.

»Y 5.º El Gobierno subvencionará al teatro Lírico Nacional para el establecimiento y desarrollo de la Opera española, proporcionándole un coliseo adecuado al objeto, cuyo alquiler será por cuenta del Estado, y dándole la suma de setenta y cinco mil pesetas; todo en equivalencia de los beneficios

de que disfruta el teatro de la Opera extranjera.»

Ya sabemos, pues, que lo que la Academia quiere en el asunto concreto de la ópera española, es que el Gobierno facilite gratis un teatro á la zarzuela, como se lo da á la ópera italiana, y subvencione además este teatro con 75.000 pesetas, para que, con elementos artísticos españoles que indudablemente existen en gran abundancia, se vaya ensanchando la ópera cómica que hoy existe, y creándose la que pudiéramos llamar grande ópera española.

Preciso es confesar, y lo consignamos con placer, que este dictamen de la Academia, por la meditación que revela y por su verdadera importancia, borra el mal efecto producido por el raquítico y pobre documento referente á la enseñanza musical. Estamos conformes en todas sus partes con las luminosas y extensas consideraciones que hace la Academia en favor de la ópera española; pero no somos tan exclusivos en la expresión de los medios que pueden conducir á tan anhelado fin. Acaso pudieran encontrarse medios más prácticos y ménos dispendiosos que acelerasen el resultado. De todos modos, y dejando los puntos concretos para estudios detenidos, la Academia ha cumplido admirablemente con su deber en el asunto de la ópera española, y la felicitamos cordial y sinceramente por ello.

Otro aplauso merece también el maestro Arrieta por su bellissimo discurso, y no se lo hemos de escasear nosotros, entusiastas admiradores de su talento.

Las novedades del día que llaman la atención de artistas y aficionados son la ópera de Meyerbeer *La Estrella del Norte*, que el Sr. Robles ha consentido al fin en dar á conocer á nuestro público, y los conciertos de primavera. Ambos acontecimientos han sido preparados en su parte artística y son dirigidos por un maestro español, algo oscurecido por su propia modestia, pero que no tiene nada que envidiar al mejor director de orquesta del extranjero. Nos referimos al señor D. Mariano Vazquez, que después de muchos años entre los bastidores del teatro Real, ensayando y enseñando la música de todas las óperas, ha llegado á ser el ídolo de todos los cantantes y el director, más obligado y más necesario de los espectáculos musicales. ¡Posición difícil y espinosa, á la cual ha llegado por medio de disgustos y sinsabores, de desvelos y de constancia, de fe y de entusiasmo artísticos, de talento y de inmenso trabajo, sobrellevado con la paciencia de un santo y la sonrisa de un ángel! ¡Cuántos años se han pasado sin que ni el público ni la prensa observaran siquiera la existencia de Mariano Vazquez! Pero ahora le vemos ya en su verdadero puesto, en el sillón de director; ahora podemos juzgarle en dos empeños de gran importancia artística; de la dirección de los conciertos han quedado, público y artistas, completamente satisfechos; de *La Estrella del Norte*, que se estrena al mismo tiempo que aparece esta crónica, nos ocuparemos en breve.

Una obra nueva de Offenbach llama siempre la atención del mundo artístico, si no por las grandes combinaciones armónicas que constituyen los modernos progresos musicales, si no por la manifestación de un gran genio artístico, por la espontanei-

dad, al menos, y delicadeza de que ha dado tantas pruebas en sus concepciones artísticas, aún dentro de las extrañas y grotescas exigencias del carácter bufo á que Offenbach ha consagrado su inspiración. Después de todo, nada más natural; la obra musical de un músico aplaudido siempre es un acontecimiento en el mundo artístico. No parecía natural que sucediera lo mismo con una obra exclusivamente literaria, descripción de un viaje, firmada por un músico; y sin embargo, ninguna ópera de Offenbach de las que han dado la vuelta al mundo, haciéndose populares al día siguiente de su estreno, ha producido nunca la sensación que está produciendo *Las notas de un músico*, libro que ha escrito Offenbach en Filadelfia, y que acaba de dar á luz en París. Nos explicamos, dado el carácter *novelero* (permitásenos la palabra) del público francés, el inmenso éxito que está obteniendo una polka burlesca que Offenbach compuso en la travesía de Europa á América; y lo comprendemos, á pesar de la poca importancia artística de la pieza musical en cuestión; pero el éxito de una sencilla descripción de viaje, hecha por un hombre que no tiene motivos para ser literato, ni se encuentra en condiciones de poder referir aventuras extraordinarias, lo concebimos únicamente *porque sí*, es decir, por la misma razón que son más apreciados por la generalidad los libros de Wagner que contienen las extrañas teorías de la música del porvenir ó sus sangrientas polémicas, que las grandiosas concepciones musicales que el mismo Wagner expone á la admiración general, de vez en cuando, aún en medio de las grandes rarezas y aberraciones de que también están sembradas sus partituras.

Pero, en fin, el hecho es que el libro de Offenbach está llamando la atención pública, y por lo tanto debemos ocuparnos de él. A las páginas escritas por el autor de *La bella Elena*, precede un prólogo del Sr. Alberto Wolff, dedicado á la esposa del maestro, señora de grandes condiciones personales, cuyo carácter y afección tranquila se reflejan, según el prologuista, en las serenas melodías de Offenbach. M. Wolff hace una poética descripción del hogar paterno del célebre maestro, donde este empezó sus estudios y formó su carácter. No le seguiremos en esta excursión biográfica retrospectiva, aunque es bellísima y honra la pluma de M. Wolff. Entre su casa de Colonia y su casa de París, á donde se trasladaron sus padres, Offenbach pasó su juventud, aprendió á tocar el violoncello, después estudió la composición, después se fijó en París, y... después, bastante después, llegó á ser el compositor de su época. Identificóse con el espíritu francés, perdió cuanto tenía de alemán, se inspiró en el chiste y en el *calembourg* francés, y se hizo el artista del *boulevard*. Su música tiene *el diablo en el cuerpo*, como ha dicho no sabemos que folletinista parisiense. Pues á su libro le sucede lo mismo: anécdota tras anécdota, chascarrillo tras chascarrillo, *calembourg* tras *calembourg*.

Una de las páginas de Offenbach en los Estados Unidos se refiere á la arpista española que recorre el mundo con el nombre de Esmeralda Cervantes; y por cierto que para dar idea de los medios á que hay que recurrir en los países americanos, donde domina el *puff* y el reclamo, aún en cuestiones artísticas, debemos reproducir, bajo la fe de Offenbach, los títulos que pone nuestra compatriota en sus tarjetas de visita. Dice así:

«ESMERALDA CERVANTES,

Arpista de las casas reales é imperiales de S. M. la reina doña Isabel II, de S. M. el rey D. Alfonso XII, de S. M. el rey D. Luis I, y de S. M. I. el emperador D. Pedro II del Brasil. Ciudadana honoraria de la República del Uruguay. Condecorada con varias cruces y medallas. Profesora honoraria del Conservatorio de Barcelona; presidenta del Liceo Esmeralda de España y de las Sociedades corales de Euterpe de Montevideo y Esmeralda de Buenos-Aires; de la Sociedad lírica de *Balma*, del hospital Oriental y de la Sociedad de beneficencia de Buenos-Aires; miembro honorario de la Sociedad coral Euterpe de Barcelona y de la Sociedad de la *Torre* de la misma ciudad; de la Sociedad filarmónica del Brasil, de la *Lyra* en Montevideo, de los Círculos literarios y de la *Union de Lima*; de las Sociedades de beneficencia y caridad; del Hospital español y de la sociedad de *Misericordia* de Buenos-Aires; de la Beneficencia de Rosario y Valparaíso; de la Beneficencia española de Lima; *miembro de la Sociedad de bomberos del Callao*; protectora de la Sociedad de damas del Buen Pastor en América y en Europa, etc., etc.»

Al consignar esta ridícula y extensa enumeración, casi estamos por atribuirle al buen humor de Offenbach, buen humor que revela en todo, aún en medio de las más serias y formales circunstancias. Veamos un ejemplo:

Sabido es que en América no se permiten en domingo los conciertos ni las demás diversiones. El propietario del *Offenbach-Garden* anunció un día al maestro parisiense que por mucho favor había obtenido permiso para dar un concierto... religioso por ser domingo. Hubiera tenido que ver Offenbach dirigiendo música sacra; pero el rey de los bufos no se arredró por eso é inventó en un momento un programa de música religiosa del tenor siguiente: *Deo gratias*, del DOMINÓ NEGRO; *Ave María*, de Gounod; *Marcha religiosa*, de la HAINE; *Ave María*, de Schubert; *Letanía*, de LA BELLA ELENA; *Himno sacro*, de ORFEO EN LOS INFIERNOS (LOS DIOS DEL OLIMPO); *Plegaria*, de LA GRAN DUQUESA; *Danza seráfica* (la polka burlesca de que hablamos más arriba); *Angelus*, de LOS BRIGANTES.

Como se ve, este es el modo de ir al cielo por el camino más largo, como dicen nuestros vecinos.

Y basta de Offenbach. Este festivo músico tiene bastante con haber llegado á ser el compositor parisiense por excelencia, á pesar de ser alemán.

En cambio, el *sentimiento patriótico francés*, como dicen algunos críticos, ha producido escándalos indignos de la cultura de un público, en los conciertos populares que dirige M. Padeloup, en París. ¿Por qué? porque este distinguido artista había creído de su deber dar á conocer en Francia una marcha muy aplaudida del *Anillo de los Nibelungos* de Wagner, apenas estrenada esta obra en Beyreuth. Padeloup creyó que sus compatriotas y sus colegas los artistas franceses le agradecerían esta muestra de diligencia y de amor al arte; pero se equivocó de medio á medio, y á costa de su popularidad ha tenido que aprender que en Francia no debe gustar la música, aunque sea admirable, de un alemán.

El inspirado autor de *Fausto* y de *Romeo y Julieta* está en la actualidad dirigiendo los ensayos

de su nueva ópera *Cinq-Mars*, que se estrenará en la Ópera-cómica de París á fines de Febrero. Los artistas, á quienes no se han entregado todavía sus particelas completas, están entusiasmados y hablan prodigios de la nueva obra.

La partitura de *Cinq-Mars* ha sido comprada en cien mil francos por el editor Grus.

La obra esta dividida en ocho cuadros, cuyos títulos son los siguientes: 1.º La partida.—2.º Perpignan.—3.º *Cinq-Mars*.—4.º La conjuración en casa de Marion Delorme.—5.º Fiesta en casa de la misma.—6.º La caza; el embajador del rey de Polonia pide la mano de María de Mántua.—7.º Narbona.—8.º La sentencia.

A pesar de todo lo que se espera de Gounod en *Cinq-Mars*, no despierta esta obra tanta curiosidad en el mundo artístico como su célebre ántes de ser conocido, *Polieucte*, ópera inédita hace tiempo y que está dando lugar á un pleito entre Gounod y una inglesa llamada miss Weddon, con quien ha vivido, la cual pretende ahora ser propietaria de todas las obras del inspirado autor de la *Galía*. Los amores de los músicos célebres les dan, sin duda, más disgustos que placeres.

M. SOLOGUREN.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Institucion libre de enseñanza.

CONFERENCIA DEL SR. AZCÁRATE.

El pesimismo en su relacion con la vida práctica, es el tema que ha desarrollado el Sr. D. Gumersindo de Azcárate en la noche del lunes último, con esa simpática y entusiasta entonación, con esa persuasiva y vigorosa argumentación, con esa admirable claridad y pureza de lenguaje que constituyen los caracteres más salientes de su elocuencia, conmovedora á veces, severa siempre, como la ciencia que llena su entendimiento y forma su aspiración más constante.

Empezó el Sr. Azcárate anunciando que no iba á ocuparse del pesimismo abstracto que en la esfera de la filosofía ha proclamado Schopenhauer, más conocido y apreciado despues de su muerte que durante su vida, y continuado y desarrollado despues por algunos discípulos suyos, y especialmente por Hartmann; sino que trataba de demostrar los males que puede producir ese pesimismo al uso que no penetra en el fondo de la filosofía, y que se manifiesta en todas las situaciones de la vida práctica, dudando de todo y llevando los ánimos al anonadamiento y á la carencia absoluta de actividad. Importa mucho salir del encanto del pesimismo en la esfera de la filosofía, de la ciencia y del arte; pero importa más combatir el pesimismo en la esfera práctica.

No niega el Sr. Azcárate la tristeza que en ciertos momentos es una consecuencia y en otros una necesidad de la vida; el triste llora, y llorando se consuela; el pesimista no llora jamás, sino se desespera. El pesimismo es una enfermedad del espíritu. Se puede decir: triste es mi vida; pero no hay derecho para exclamar: ¡qué triste es la vida! No debe confundirse el estado parcial de un ánimo con el estado general de la sociedad.

El pesimismo tiene una gran importancia en la época crítica que atravesamos, y conviene atajarlo. En momentos de dudas, de vacilaciones, de luchas, como los presentes, importa mucho atacar todos los gérmenes de inercia y de anonadamiento que encontremos, para que puedan desarrollarse todas las actividades, que nunca son más necesarias que en estas épocas de crisis que atraviesa la humanidad.

No hablando, pues, del pesimismo filosófico, examina el Sr. Azcárate las consecuencias del pesimismo tal como se muestra en la vida y en la práctica, tal como se presenta en todas las esferas de la actividad humana, lo mismo en la esfera científica y artística que en la económica, en la jurídica, en la moral y en la religiosa.

En la esfera científica el pesimismo es la negación de todo progreso y adelanto, puesto que no los promueve. Su consecuencia más legítima es ese escepticismo que se revela en frases tan conocidas como la de *lo único que se sabe es que no se sabe nada*. El pesimismo quita todo estímulo á la ciencia. El anatómico á quien se le diga que todos sus desvelos y estudios no han de conducirle á ningun resultado, ¿cómo há de tener la abnegación que tiene para exponer su vida sobre un cadáver, tratando de arrancar un nuevo secreto que sea útil á la ciencia?

En el arte y en la literatura el pesimismo se complace en pintar el dolor en la humanidad, y la tormenta en la naturaleza; sólo ve lo malo de la una y lo feo de la otra; no recuerda la frase de Quinet: «en la naturaleza están retratadas todas las Bellas Artes.» Especialmente en la novela y en el drama, en el teatro sobre todo, hace grandes estragos el pesimismo. Y no es que crea el Sr. Azcárate que las producciones dramáticas deben concluir de un modo determinado, no; deben existir las luchas de las pasiones y de los intereses; pero debe haber en la escena, como en la vida, la armonía en el espíritu, que no es compatible con el pesimismo.

En la esfera económica señala el Sr. Azcárate el raciocinio de los que, ante el problema de la desigualdad de las clases, dicen constantemente: así es el mundo, hay que conformarse; siempre ha habido pobres y ricos, ¿qué hemos de hacer para remediar un mal constante é inevitable? ¡Ah! pesimismo cómodo y engañoso que desconoce la más elemental de todas las aspiraciones económicas modernas, que no sabe que á lo que se aspira es á que haya menor número de pobres y ménos cantidad de pobreza. En la esfera económica es ménos compatible el quietismo, la inercia de los felices.

En la vida jurídica hay dos distintas especies de pesimismo; el de los indiferentes y el de los políticos de oficio. El pesimismo de los indiferentes consiste en decir: todos los sistemas son iguales; no hay nada absoluto; déme usted paz, y con esto me contento. Consecuencia natural: el quietismo, que da por resultado dejar entregadas á los ambiciosos y á los políticos de oficio las funciones más importantes de la vida social. Aquí debiera recordarse que un decreto de Solon condenaba en absoluto al que en tiempo de sedición no tomara parte por unos ú otros de los combatientes. Los políticos de oficio se aprovechan del pesimismo de los indiferentes. Compárese á este respecto lo que sucede en Inglaterra con lo que pasa en otras naciones. Donde no hay indiferentes, no está todo entregado á los políticos de oficio. El pesimismo de estos los lleva á decir: es un sueño pensar que reine la justicia ab-

soluta; el poder se da para mandar, y se manda en favor de un partido y en contra de otro partido. En este punto conduce el pesimismo á la contestacion que daba un individuo de una asamblea extranjera á otro que le preguntaba: ¿Qué hay de bueno?—Lo que hay de bueno, contestaba, es lo mal que esto va. Consecuencia de todo esto: esa lucha insana que todo lo mata; la fuerza se erige en sistema; la paz es un sueño; los pueblos y los partidos dejan de ser elementos análogos que aman y respetan la patria; no se concibe más ideal que el del poder, y de aquí la facilidad con que, de un lado y de otro, la fuerza se convierte en verdadera fuerza bruta, que sólo produce agitaciones.

En la vida moral tambien ve el Sr. Azcárate que el pesimismo destruye todos los gérmenes nobles y generosos, el placer, la amistad, todo, menos el amor de una madre. Consecuencia: la idea de que no hay móvil bueno y el desencanto natural. La abnegacion está sostenida por la utilidad y consecuencia de los resultados que se buscan. ¿Qué sucedería cuando se dijera á todo el mundo que lo que hace es inútil? Apenas puede concebirse castigo más horrible que el de aquellos penados á quienes se condenó á quitar piedras de un lado, ponerlas en otro, y luego volverlas al sitio primitivo para repetir en seguida la variacion sin utilidad ninguna. Tan fuerte fué el castigo, que hubo que variarlo en breve.

Dos puntos de vista hay que considerar en el pesimismo en la vida religiosa: el de ciertas religiones positivas y el de la religion propia del pesimismo, ó sea el budismo. Hartmann, en su notable libro *La Religion del porvenir*, llama pesimista al cristianismo; pero Hartmann se equivoca: en el cristianismo cabe la tristeza, pero no el pesimismo; y aun en el caso de que hubiese pesimismo en el cristianismo, la verdad es que no sería un pesimismo absoluto de la vida. Hartmann, al proclamar doctrinas que parecen incompatibles con la religion, proclama la religion del porvenir, una especie de composicion entre las religiones de Oriente y de Occidente, entre el politeismo y el monoteismo.

Resulta, pues, del pesimismo que en todas las esferas de la vida reina el mal dominando al bien, que la felicidad es una quimera, que el dolor es el lote de la humanidad, y que el ideal debe ser la muerte, el anonadamiento, la nada, el quietismo. Y, sin embargo, la humanidad devuelve bien por mal, como el árbol de América que comunica su aroma al hacha que lo derriba. Vivir no es padecer, es luchar, y si es padecer, es gozar. El dolor tiene tambien su lado santo y bueno. El ideal de la vida no es la muerte. Nuestra regla de conducta no debe ser el quietismo, la inercia, el no hacer; porque si la felicidad no es un sueño y la vida es luchar y trabajar, nunca es más necesario que en la época presente poner diariamente en práctica el axioma inglés: trabajar, buscar, encontrar y no rendirse.

Sentimos que la falta de espacio no nos permita un extracto más lato de la bellissima conferencia del Sr. Azcárate.

Congreso de Glasgow.

SECCION DE GEOGRAFIA.

Evans: Geografía física del mar.

Mr. Evans, presidente de la seccion, se ocupa en el discurso de apertura de la Geografía física del mar. Despues de reconocer los eminentes servicios

prestados por Maury, recuerda los nombres de sus más célebres predecesores: Dampier, Halley, Rennell, á quien se deben los primeros estudios de las corrientes del Océano Atlántico; Redfield, Reed, Dove, que fué el primero en formular la ley de los ciclones; Prestwich, que á mediados del siglo pasado midió la temperatura del mar á diferentes profundidades; y en fin, James Ross, que en 1840 consiguió sondear el Océano hasta 5.000 metros al Oeste del Cabo de Buena Esperanza. Gracias á todos estos trabajos, tenemos ahora una idea exacta de la configuracion del fondo del Océano; sabemos que los mares del hemisferio Sur son mucho menos profundos que los del Norte; que la superficie general del fondo de estos mares presenta vastas mesetas de dulces ondulaciones; que en la parte occidental del Océano Pacífico los mares que separan las islas de Coral están divididos en profundas cuencas; que en el Norte del Océano Pacífico, lo mismo que en el Atlántico, las mayores profundidades están en las cercanías de las costas; que en toda la longitud del Océano Atlántico reina un ancho canal de cuatro ó cinco mil metros de profundidad, por lo ménos, desde su extremidad Sur hasta el 80 grado de latitud Norte; que existe un segundo canal paralelo á la costa del Africa meridional, y separado del primero por un reborde levantado, sobre el cual se elevan las islas Tristan de Acuña, Santa Elena y Ascension; que la profundidad del mar en los alrededores de los continentes pasa bruscamente de 70 metros á 4.000.

Sabemos tambien que el Océano está surcado por corrientes bien definidas, pero hasta ahora no se ha podido establecer de una manera decisiva la teoría de esas corrientes. Rennell las atribuye á los vientos alisios; Maury á la diferencia de densidad de las aguas de las diferentes regiones y al movimiento de rotacion de la tierra. Quizá estas causas tan diversas contribuyen cada una por su parte al fenómeno de que se trata. Pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que las aguas frias del Océano Antártico tienen un movimiento marcado hácia el Norte, suben todo el Pacífico, penetran hasta el mar de las Indias y alimentan igualmente el Sur del Atlántico. Por otra parte, las aguas frias del polo Norte se mueven hácia el Sur, y este movimiento se opera en la superficie, como lo prueba la derivacion de los buques *Resolute*, *Fox* y *Advance*, cogidos en bancos de hielo y arrastrados á más de mil millas hácia el Ecuador. Al mismo tiempo las aguas calientes de los mares del Ecuador reemplazan á las aguas frias.

Pero no es esto todo: se ha demostrado por medio de repetidas observaciones que el nivel medio del mar no es constante en el mismo sitio; las aguas del hemisferio Sur llegan al nivel más elevado cuando el sol está al Norte del Ecuador, y las del hemisferio Norte cuando está al Sur; en fin, el nivel de las altas mareas varía en razon inversa de la altura del barómetro, de suerte que el Océano, tomado en su conjunto, es como un inmenso barómetro de agua. Todos estos fenómenos no están todavía explicados de un modo satisfactorio, y la teoría física de los movimientos del Océano está apenas bosquejada.